LOS HOMBRES de la historia

83

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Centro Editor de
América Latina

Jesús

Etienne Trocmé



LOS HOMBRES *de la historia* 83

La biografía de Jesús es una empresa llena de riesgos no sólo por la naturaleza imperfecta de la documentación sino muy especialmente porque el historiador toma necesariamente posición frente al profeta de Nazaret y proyecta una buena parte de sí mismo sobre uno de los hombres que ejercieron la más duradera, extendida y profunda influencia sobre la historia universal. Si se da el caso de que el biógrafo es un cristiano, corre además el riesgo de dejarse intimidar por el enorme edificio de la teología tradicional y de leer los textos con insuficiente apertura mental. Sin embargo, el autor de este trabajo, pese a pertenecer a esta fe ha soslayado este riesgo y su biografía de Jesús puede servir a cualquier lector, tanto a aquellos que pertenecen al mundo cristiano como a los no cristianos, para comprender mejor al Nazareno y ubicarse mejor frente a El. Sobre la base de una abundante documentación Etienne Trocmé desarrolla el relato de la vida de Cristo, su predicación, su pasión y muerte, su resurrección. Más aún, hace algunas consideraciones sobre el posterior destino de la Iglesia, en los primeros años que siguieron a la muerte del Maestro, sobre todo en lo que se refiere al empequeñecimiento de la obra de sus continuadores a causa de la derrota judaica del 66-70. Pero a pesar de que esta derrota afectó profundamente a los cristianos que habían permanecido en Palestina y quitó la posibilidad de conocer la herencia más directa del ministerio de Jesús, se sabe lo suficiente como para entender que el profeta de Nazaret fue, "en la pobreza, humildad y derrota que libremente eligiera, el más rico, el más grande y el más poderoso sembrador de vida y de libertad de la historia del mundo".

Esta obra ha sido publicada originalmente por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán.
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico.

83. Jesús - La civilización romana
Este es el cuarto fascículo del tomo La civilización romana.
La lámina de la tapa pertenece a la sección La civilización romana, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 83:
Mairani: p. 87 (1,2,3); p. 90 (1,2,3); p. 103 (1,2,3); p. 103 (1,2,3,4); p. 111 (1,2,3,4).
Associated Press: p. 93 (1).
Scala: p. 94 (1,2); pp. 98-99 (1,2,3,4).

Traducción de Antonio Bonanno

Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en diciembre de 1969.

Jesús

Etienne Trocmé

63 a.C.
Pompeyo ocupa Jerusalén y restituye a Ircano II de los Asmoneos el cargo de sumo sacerdote que le había sido usurpado por el hermano Aristóbulo; también libera de la ocupación judaica a todas las ciudades helenísticas de Palestina, y anexa Judea a la provincia de Siria. Estos sucesos serán uno de los temas de los Salmos de Salomón y de diversos escritos de Qumran.

60-49 a.C.
En Palestina, desórdenes provocados por Aristóbulo II y su familia. El idumeo Antipater ejerce creciente influencia sobre Ircano y los romanos. Subdividida en cinco distritos, la Palestina judaica es gobernada por consejos de notables.

47 a.C.
Vencedor de Pompeyo, César nombra a Ircano II etnarca; Antipater se convierte de hecho en amo de Palestina, y nombra a sus hijos Herodes y Fasaeles gobernadores de las regiones de Galilea y de Judea, respectivamente.

42 a.C.
A continuación de los desórdenes ocurridos luego de la muerte de César, Antipater muere envenenado.

41 a.C.
Contra el parecer de los notables judíos, Herodes y Fasaeles son nombrados tetrarcas de toda Palestina.

40 a.C.
Los partos invaden Siria y Palestina, y nombran a Antígono, hijo de Aristóbulo II, rey y sumo sacerdote de Jerusalén. Muerte de Fasaeles y fuga de Herodes a Roma, donde el senado lo nombra rey de Palestina.

39-37 a.C.
Herodes, con la ayuda de los romanos, reconquista el reino.

37-34 a.C.
Reinado de Herodes el Grande. Escuelas rabínicas de Hillèl y Shammay.

19 a.C.
Comienzo de la reconstrucción del Templo de Jerusalén.

4 a.C. (?)
Nacimiento de Jesús.
Muerte de Herodes el Grande. Con la aprobación de Augusto, el reino es dividido entre sus hijos: Arquelao se convierte en etnarca de Judea y Samaria; Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y Perea; Filipo, tetrarca de Gaulanitida, Batanea, Traconitida, Auranitida y de la región de Panea. Diversos desórdenes.

6 d.C.
Augusto depone a Arquelao y transforma la etnarquía en provincia regida por un procurador, con sede en Cesárea. Revuelta de Judas el Galileo y del fariseo Sadoq, origen del movimiento celota.

6-15 d.C.
Hanna, hijo de Seth, sumo sacerdote.

15-26 d.C.
Valerius Gratus, procurador de Judea.
Caifás, yerno de Hanna, sumo sacerdote.

26-36 d.C.
Poncio Pilato, procurador de Judea.

26 d.C.
Fundación de Tiberíades por parte de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y Perea. Otoño (?). Comienzo de la actividad pública de Juan Bautista.

27 d.C.
Bautismo de Jesús por parte de Juan Bautista.

28-30 (?) d.C.
Actividad pública de Jesús.

28-29 d.C.
Arresto y ejecución capital de Juan Bautista, por decisión de Herodes Antipas.

30 d.C.
7 de abril. Muerte de Jesús en la cruz.
Abril-diciembre. Jesús, resucitado, se aparece a los discípulos, constitución de algunas iglesias (hebreas y helénicas en Jerusalén; en torno a la familia de Jesús, en Galilea; en Damasco); martirio de Esteban; dispersión de los helénicos y conversión de Saúl.

33 d.C.
Primera visita de Pablo de Tarso a la iglesia de Jerusalén, donde encuentra a Pedro y Jacobo, hermano del Señor.

34 d.C.
Muerte del tetrarca Filipo, cuyo territorio es anexado a la provincia de Siria.

36 d.C.
A continuación de la masacre de un grupo de samaritanos en el monte de Garizim, Poncio Pilato es llamado a Roma. Caifás es sustituido por Jonatán, hijo de Hanna, como sumo sacerdote.

37 d.C.
Jonatán es sustituido en su cargo de sumo sacerdote por su hermano Teófilo. Apenas elegido emperador, Calígula otorga a Agripa I, hijo de Herodes el Grande, la antigua tetrarquía de Filipo, a la que está anexada Abilene, y el título de rey.

39 d.C.
Calígula manda al exilio a Herodes Antipas y da su tetrarquía a Agripa I. Ordena la erección de su propia estatua en el Templo de Jerusalén.

41 d.C.
Calígula es asesinado antes de que se cumpla su orden. Agripa I recibe del emperador Claudio, Judea y Samaria, reconstituyendo a su favor el reino de Herodes el Grande. Su hermano Herodes se convierte en rey de Calcidia en Iturea.

43-44 d.C.
Invierno. Bernabé y Pablo van a Jerusalén y concluyen un pacto con los dirigentes de la Iglesia de la capital por lo que respecta a la obra misionera, cada vez más vasta, que unos y otros han emprendido por propia cuenta.

44 d.C.
Marzo. Agripa I hace ajusticiar a Jacobo, hijo de Zebedeo, uno de los jefes de la Iglesia de Jerusalén, y hace prisionero a Pedro, que se evade y se refugia "en otra parte", dejando a Jacobo, hermano del Señor, como único jefe de la comunidad de Jerusalén.

Primavera. Muerte repentina de Agripa I en Cesárea. Todo su reino pasa a ser una provincia a cargo de un procurador romano, Cuspius Faedus, el que debe hacer frente a la revuelta de Teuda.

45 d.C.
Herodes de Calcidia obtiene del emperador Claudio el cargo de protector del Templo de Jerusalén, con el poder para nombrar al sumo sacerdote.

46 d.C.
Tiberio Alejandro, judío apóstata de Alejandría, se convierte en procurador.

47 d.C.
Herodes de Calcidia nombra a Anania, hijo de Nebedea, sumo sacerdote; permanecerá en este cargo hasta el 59.

48 d.C. (?)
A la muerte de Herodes de Calcidia, su nieto Agripa II, hijo de Agripa I, lo sucede en las funciones y tiene junto a sí a la viuda de Herodes, Berenice, a pesar de que ésta es su hermana.

48 d.C.
Ventidius Cumanus se convierte en procurador. Puesto en cuestión el acuerdo del 43-44, luego del incidente ocurido en Antioquía entre Pablo y Pedro, se concluye en Jerusalén un nuevo acuerdo con respecto a las normas a ser impuestas a los convertidos de origen pagano.

50 d.C.
Alrededor de esta época se ubica la primera redacción del Evangelio según Marcos, en Cesárea de Palestina.

52 d.C.
A continuación de un violento conflicto entre los judíos y los samaritanos, Agripa II obtiene el reemplazo de Cumanus en el cargo de procurador por Antinius Felix, el que más tarde desposará a su hermana Drucila.

53 d.C.
A cambio de Calcidia, Agripa II recibe del emperador Claudio la antigua tetrarquía de Filipo, además de Abilene, que conservará hasta la muerte en 94.

53-55 (?) d.C.
Antonius Felix reprime el bandolerismo, plaga tradicional en Palestina.

55 d.C.
Nerón agrega diversas ciudades de Galilea y de Perea al reino de Agripa II. Los celotas aumentan su influencia y multiplican los asesinatos de los pecadores escandalosos.

57-58 d.C.
Luego de la aparición de algunos de los que decían ser mesías, un egipcio subleva a una parte del pueblo de Judea. Es derrotado en el Monte de los Olivos por el ejército romano, apoyada por la aristocracia judaica.

58 d.C.
Pentecostés. Visita y arresto de Pablo en Jerusalén.

58-60 d.C.
Pablo prisionero de Félix en Cesárea. Desórdenes entre judíos y sirios en esta ciudad.

59 d.C.
Agripa II destituye al sumo sacerdote Anania, en el cargo desde hacía doce años, y en ocho años nombra seis sucesores. Grandes hostilidades entre las familias de los sumos sacerdotes y los ambientes sacerdotales de Jerusalén.

60 d.C.
Porcius Faestus sucede a Félix como procurador, hace comparecer a Pablo ante la presencia de Agripa II y de la hermana Berenice, y lo envía al tribunal del emperador de Roma.

60-62 d.C.
Se multiplican las actividades de los celotas; agitaciones mesiánicas; conflicto entre Agripa II y las autoridades del Templo.

62 d.C.
Muerte repentina de Faestus. Aprovechando la ausencia de todo poder, el sumo sacerdate ordena la muerte de Jacobo, jefe de la Iglesia de Jerusalén, y de otras personas.
Lucceius Albinus se convierte en procurador. Agripa II quita a Hanna la supremacía religiosa. Simeón, hijo de Clopa y primo del Señor, toma la dirección de la Iglesia de Jerusalén.

62-64 d.C.
Se extiende la actividad de los celotas a pesar de la represión, como también el conflicto entre las familias de los sumos sacerdotes y la masa de los sacerdotes y de los Levitas.

64 d.C.
Gessius Florus se convierte en procurador y emprende una dura política fiscal. Se concluye la reconstrucción del Templo.

66 d.C.
Primavera. A continuación de graves incidentes en Cesárea y en Jerusalén, los judíos se rebelan a los romanos. Agripa II es expulsado de Jerusalén.
Setiembre. Cestius Gallus, delegado en Siria, es derrotado frente a Jerusalén. Los rebeldes se organizan, no obstante las discordias internas. La guerra se extiende en toda Palestina.

66-67 d.C.
Invierno. Graves luchas intestinas en Jerusalén. Masacre de los notables y creciente influencia de los celotas.

68-69 d.C.
Operaciones militares en Judea.

69-70 d.C.
Violentas luchas entre los partidos judaicos en Jerusalén sobre todo durante el invierno.

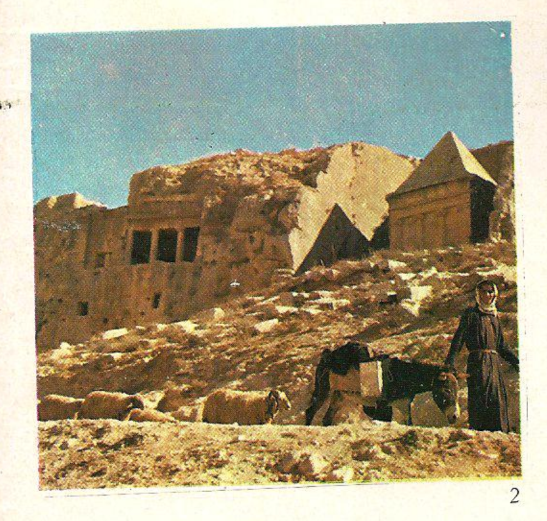
70 d.C.
Primavera-verano. Asedio y ocupación de Jerusalén por parte de Tito. El Templo es destruido.
Judea se convierte en provincia principal al fin del año.

71 d.C.
Verano. Triunfo de Vespasiano y Tito en Roma.

72 d.C.
Durante el invierno del 71-72 caen las fortalezas de Herodión y Maqueronte, aún bajo el control de los judíos.
El impuesto anual de dos dracmas que deben todos los judíos al Templo de Jerusalén es pagado a Júpiter Capitolino.

73 d.C.
Primavera. Caída de la fortaleza de Masada, que conservaban aún los celotas. En la misma época, las repetidas tentativas de los celotas refugiados para sublevar contra Roma a las colonias hebraicas de Egipto y Cirenaica, no obtienen ningún éxito.

1



2



3

1. *Vista de Jerusalén desde la localidad Dominus Flevit* (Mairani).

2. *Las tumbas atribuidas a Jacobo y Zacarías, en el valle del Cedrón en Jerusalén* (Mairani).

3. *Jerusalén, en el mosaico de Madaba. Siglo VI* (Mairani).

"Biografía" de Jesús

La biografía es arte fácil, pero lleno de riesgos. La intuición personal del historiador, secundada por el recurso de la introspección y la psicología, le proporciona sin dificultades excesivas la clave del personaje del que se dispone a narrar la vida. Pero el biógrafo, al desarrollar desde lo más íntimo de sí mismo el hilo conductor de la obra que escribe, termina por revelar su propia posición y envuelve fatalmente a su héroe en una interpretación que denota claramente su posición personal.

A estos riesgos aún más difícilmente podrá escapar quien se disponga a escribir la biografía de Jesús. No puede evitar recurrir extensivamente a la intuición, a la simpatía, a la imaginación, a fin de hacer inteligible a los lectores la figura de Jesús, teniendo en cuenta la naturaleza notablemente imperfecta de la documentación existente y la enorme distancia cultural que nos separa del judaísmo del comienzo de nuestra era. Pero, al hacerlo, toma necesariamente posición frente al profeta de Nazaret y proyecta una buena parte de sí mismo sobre uno de los hombres que ejercieron la más duradera, extendida y profunda influencia sobre la historia universal. La situación en que se coloca, el pobre mortal, roza así el ridículo.

Si se da el caso de que el biógrafo es un cristiano, entonces corre además el riesgo real de dejarse intimidar por el enorme edificio de la teología tradicional y de leer los textos con insuficiente apertura mental. El autor del presente ensayo, en la medida de lo posible, espera haber podido evitar este error, no obstante pertenecer a la fe cristiana. Por otra parte, espera que no se le atribuyan demasiado fácilmente intenciones hostiles en cuanto a la cristología tradicional, en las partes en que su exposición parece contradecir o no tener en cuenta a la misma. En resumen, desea que esta breve biografía de Jesús pueda servir a cualquier lector, tanto a aquellos que pertenecen al mundo cristiano como a los no cristianos, para comprender mejor al Nazareno y a ubicarse mejor frente a él. Esta es nuestra única ambición.

Los documentos

Evidentemente, no podemos examinar todas las fuentes que nos permiten conocer el cuadro histórico dentro del cual se ubica la vida de Jesús. Sin embargo, resulta esencial hacer un rápido inventario de los documentos que nos proporcionan datos acerca de su actividad y de su pensamiento. Es un hecho bien conocido que los cuatro Evangelios canónicos constituyen la fuente más importante para el conocimiento de su personalidad. No obstante, es preciso no descuidar las otras fuentes eventuales, ya sean paganas, judías o cristianas, y también la literatura musulmana, que sólo nos da un eco profundamente deformado de tardías tradiciones cristianas. Las fuentes paganas son extremadamente pobres: la explicación de las tinieblas de la Pasión que proporciona el historiador Tallus el Samaritano hacia el 50 d. C. sólo no es conocida a través de una alusión polémica al comienzo del siglo III por su cofrade cristiano Julio el Africano; Tácito (*Annales,* XV 44), al escribir en verso hacia el año 115, afirma que el fundador del cristianismo fue un cierto Christos, que fue ajusticiado en Judea en tiempos del emperador Tiberio por el procurador Poncio Pilato; Flegonte, liberto del emperador Adriano que escribía antes del 140, según Orígenes habría hablado de algunas predicciones de Jesús que fueron luego confirmadas por los hechos. Por otra parte, desde Plinio el Joven hasta Luciano, diversos autores paganos del siglo II hablan de cristianos sin poner jamás en duda la existencia histórica del fundador de la religión. Y ésta es la prueba más convincente de la realidad de esta existencia, desde el momento que los adversarios del cristianismo se habrían apresurado a negarla de haber tenido la posibilidad.

Las fuentes judías son ligeramente más abundantes, pero plantean delicados problemas de crítica. En el curso del Talmud, vasta colección completada hacia el año 500, es necesario eliminar, antes que nada, todo lo que proviene de las tradiciones tardías, y atenerse a pocos pasajes relativos a Jesús que se remontan a los rabinos de la época tanaítica (siglos I y II d. C.). A éstos se agregan los textos en los cuales se cita a Jesús con un seudónimo o se lo designa como a "un tal" en las tradiciones tanaíticas. Las noticias que de esta manera podemos compilar son, en su mayor parte, de ningún valor, aparte de algunas indicaciones anecdóticas. Sin embargo, hallamos la oportuna confirmación de algunos datos que conocemos por los Evangelios: existencia histórica de Jesús, originalidad de su enseñanza, presencia de discípulos en torno a él, su muerte en la cruz, polémicas en cuanto a su nacimiento y a la naturaleza de los milagros que él obrara.

El historiador hebreo Flavio Josefo, en sus *Antigüedades judías,* aparecidas al fin del siglo I, habla en dos oportunidades de Jesús. El segundo de estos pasajes (*Ant.,* XX, 9, 1), que es sólo una breve mención en el relato dedicado a la muerte de Jacobo, hermano de Jesús, seguramente es auténtico. El primero (*Ant.,* XVIII, 3, 3) es más rico en detalles, y por lo tanto más sospechoso, desde el momento que se perciben claramente las huellas de la mano de un interpolador; no obstante, muchos elementos parecen auténticos, como la alusión a la sabiduría y a la actividad milagrera de Jesús, o la referencia a su crucifixión por orden de Pilato.

Para la biografía de Jesús se utilizaron también diversos agregados que pertenecen a la versión eslava de la *Guerra judaica,* obra del mismo Flavio Josefo;; cuatro de estos fragmentos hablan directamente de Jesús, mientras que el texto griego de la misma obra no hace ninguna referencia. La autenticidad de los mismos fue objeto de diversas polémicas, y parece cierto que estos pasajes recibieron retoques tardíos. Sin embargo, no se puede rechazarlos completamente; en particular, es necesario tener presente los detalles que nos brinda el más largo de estos fragmentos (*G. j.,* II, 9, 3) acerca del establecimiento de Jesús y de sus partidarios en el Monte de los Olivos y de la tentativa que realizaron estos últimos para implicarlo en una guerra contra los romanos. Estos son hechos bastante probables y que se agregan de manera apreciable al conocimiento que poseemos por otras fuentes del ministerio de Jesús. Si bien la arqueología de Palestina nos brinda indicaciones cada vez más abundantes acerca del ambiente en el que se desarrolló su vida, hasta el presente, sin embargo, no nos ha dado ninguna noticia relativa a Jesús mismo; a lo sumo, confirma la existencia de cristianos en la Palestina del siglo I (Osario de Talpioth y del Monte de los Olivos, en especial).

Las fuentes cristianas son evidentemente más ricas. Con seguridad, los libros de las *Actas,* las epístolas no atribuibles a Pablo y el *Apocalipsis* de Juan, no nos permiten conocer demasiado acerca de Jesús, a pesar de algunas indicaciones que podemos obtener con esfuerzo aquí y allá (*Actas,* 20, 35; *Hebreos,* 2, 18; 4, 15; 5. 8; II Ped., I, 16-18). Las epístolas de Pablo son más ricas en noticias, ya sea en cuanto a la vida de Jesús, ya sea en la cita de sus palabras, y bastarían por sí solas para proporcionar los elementos de una biografía sumaria de Cristo, como lo hiciera notar Renan hace más de un siglo; ahora bien, las mismas sólo están separadas de los sucesos a los que se refieren por alrededor de veinte a treinta años, y son la obra de un hombre que era coetáneo de los primeros discípulos. Del mismo modo, los escritores cristianos del siglo II y III, tanto los Padres de la Iglesia como los heréticos o los anónimos, nos han transmitido algunos relatos relativos a Jesús y algunas palabras desconocidas a los evangelistas; estos datos, si bien notablemente deformados, algunas veces parecen substancialmente auténticos. Aún la crítica más rigurosa erraría si los descartara sin examinarlos con atención.

En especial, es necesario acordarles una cierta atención a los Evangelios apócrifos, o, si se prefiere, extracanónicos. En su mayor parte, estos últimos están bastante mal conservados, son de épocas más tardías y demasiado legendarios como para poder ayudarnos a trazar una biografía de Jesús. Sin embargo, los descubrimientos de papiros en Egipto han aumentado nuestro conocimiento de los mismos, y tal vez nos están reservadas otras felices sorpresas.

Por ahora podemos decir que el Evangelio de los hebreos, que data del siglo II pero que es conocido sólo por algunos fragmen-

tos, es independiente de los Evangelios canónicos, y relativamente seguro; que el Evangelio de Tomás, del que tenemos en la actualidad una versión copta general, contiene elementos que se remontan al siglo II y nos ofrece de algunos discursos de Jesús, una versión tan antigua como la de los Evangelios canónicos; en fin, que otros Evangelios apócrifos no identificados aún, pero cuyos fragmentos han sido encontrados en los desiertos de Egipto, contienen algunas anécdotas relativas a Jesús o palabras suyas, acerca de cuya parcial autenticidad se puede estar casi seguro.

A pesar de la abundancia de documentación que nos proporcionan los Evangelios apócrifos, la misma es aún menos rica de la que por el conocimiento de Jesús nos dan los cuatro Evangelios canónicos, los de Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

En este ensayo no podemos afrontar el examen de los cuatro Evangelios, el problema de la relación entre los mismos, la génesis y el valor histórico de cada uno. A este enorme tema los diversos especialistas han dedicado bibliotecas enteras, y el tratamiento correría el riesgo de convertirse en demasiado técnico. Nos contentaremos entonces con resumir brevemente algunas conclusiones sobre las cuales concuerdan actualmente la mayor parte de los críticos.

El Evangelio de Juan presenta notables diferencias respecto a los otros tres, por el plano general, el estilo, la elección de los episodios que narra y por la presentación que se les da a los discursos de Jesús. Todos concuerdan en considerar que su composición se remonta a una época posterior a la de los otros Evangelios canónicos, y que recién fue escrito poco antes del 100 d. C. A pesar de que es incierto que el autor haya escrito sin conocer alguno de los Evangelios canónicos, es seguro que utilizó, para redactar su obra, tradiciones y documentos particulares marcados por el pensamiento teológico de un grupo que permaneció al margen de la gran Iglesia. Por lo tanto, el biógrafo de Jesús deberá utilizar el contenido del cuarto Evangelio con prudencia, evitando atribuirle al Jesús histórico, por ejemplo, los largos discursos que el libro informa; pero en este Evangelio podrá hallar algunos datos de hecho y con la certeza de que merece ser bien escuchada, una tradición que está bajo el patrocinio del "discípulo predilecto" —aunque fuera aún anónimo— y que se remonta como mínimo a la mitad del siglo I.

La semejanza entre los otros tres Evangelios canónicos ha sido reconocida desde hace mucho tiempo, y les ha valido desde hace dos siglos el título de Evangelios sinópticos. En la actualidad todos concuerdan en considerar que esta semejanza resulta de la utilización de una misma tradición por parte de autores más fieles a su documentación de lo que fuera el autor del cuarto Evangelio, y que el Evangelio de Marcos es anterior respecto a los otros dos. Los problemas más importantes que deberá afrontar entonces el biógrafo de Jesús serán el de la innovación, que en cuanto a la tradición constituye la redacción del primer Evangelio, y el de la naturaleza exacta de esta tradición. Los especialistas continúan discutiendo estos dos problemas. Las soluciones a las que adhiere el autor del presente ensayo son las siguientes: el cuadro cronológico y geográfico en el cual el evangelista plasmó los materiales, que, por otra parte, utilizaba con gran libertad, es totalmente artificial y corresponde a una lógica teológica y no histórica; la llamada tradición sinóptica es una realidad muy compleja cuyos diversos elementos, si bien casi todos se remontan a Jesús, no tuvieron todos la misma historia en el curso de los veinte-cincuenta años durante los cuales fueron transmitidos oralmente. Es así que las palabras aisladas de Jesús bien pronto han tomado un lugar en la enseñanza cristiana y, con el relato que les sirve algunas veces de vehículo, han gozado de una excepcional estabilidad, a pesar de no ser siempre claras. Los relatos de la Pasión, que se constituyeron rápidamente con fines litúrgicos, son una mezcla de narración dramática y de comentario de las profecías que ha sufrido limitadas modificaciones para que pudiera ser adaptada a las particularidades del culto de las grandes iglesias del primer siglo. Las parábolas fueron integradas en época posterior a la enseñanza cristiana con respecto a los discursos aislados, y sufrieron, en los ambientes diversos en los que los pronunciara Jesús, agregados e interpretaciones que a menudo dificultan la reconstrucción de la forma primitiva. En cuanto a los relatos de los milagros, los mismos penetraron, en su mayor parte, en la enseñanza cristiana con su incorporación al Evangelio de Marcos, cuyo autor los había recogido en los ambientes populares de la Galilea del nordeste que habían recibido las actividades taumatúrgicas de Jesús; ello nos garantiza tanto una fresca autenticidad de los mismos como una gran ingenuidad.

Como se observa, los documentos al alcance del biógrafo de Jesús son, por una parte, relativamente variados, y por la otra, de utilización sumamente difícil, ya que entre la persona que se estudia y los documentos que nos la hacen conocer se interponen a menudo uno o más intermediarios anónimos cuyas intenciones muchas veces resultan oscuras, y que además no se comportaron ni como archivistas ni como historiadores. Como consecuencia, se puede entender fácilmente cómo el más calificado de los biógrafos se halla desarmado en este punto, a menos que posea la infatigable paciencia del crítico literario: éste es el motivo principal de tantos fracasos, ya sea de los cristianos conservadores como de los críticos radicales que han tenido la pretensión de escribir una "vida de Jesús".

Cuadro histórico

El ambiente histórico en el que se desarrolló la vida de Jesús no es bien conocido, por lo menos en la medida de lo deseable. Sin embargo, se le conoce relativamente mejor que el de la mayor parte de las provincias romanas del siglo I d. C., para las que subsisten todavía inmensas zonas de sombra. La conquista de Jerusalén por parte de Pompeyo, en el 63 a. C., que puso fin a la independencia hebrea reconquistada desde hacía alrededor de un siglo, había integrado a Palestina en el imperio romano.

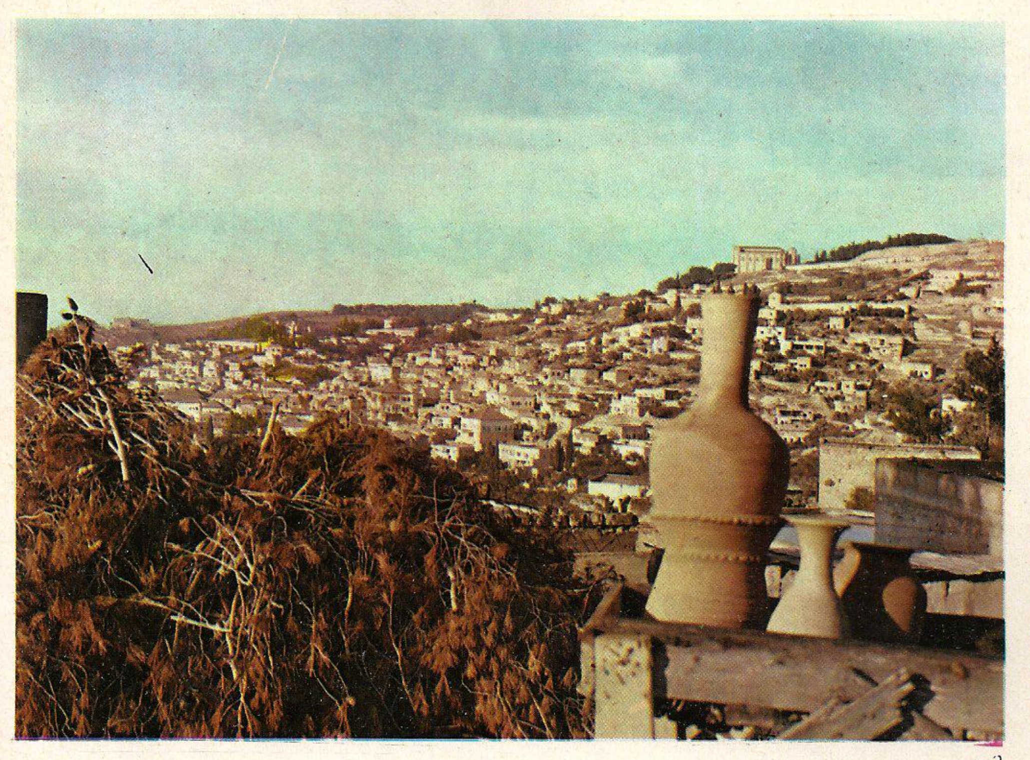
La nueva dinastía palestina fundada por el idumeo Antipater (muerto en el 43 a. C.) y consolidada por su hijo Herodes no pudo escapar al protectorado de Roma y hacerse aceptar completamente por los judíos, mal dispuestos hacia la mayor parte de sus miembros por su origen árabe y por su acentuada helenización.

Palestina, en la época de Jesús, era sólo una comarca oriental del imperio romano, y al mismo tiempo un anillo indispensable para las comunicaciones entre Egipto y Siria. La amenaza militar de los partos, el hecho de que en el imperio de los partos existiera una colonia hebrea muy importante e influyente, y en menor medida, la turbulencia de los nabateos, obligaban a los romanos a vigilar atentamente. Así se explica por qué, luego de la muerte de Herodes el Grande (4 a. C.) los emperadores no desearon que subsistiera el reino de Palestina, que sólo Agripa I reconstituirá por breve tiempo (41-44), y que a partir del año 6 d. C., hayan recurrido a la administración directa para la llanura costera y para la parte interior de Judea y de Samaria a las que, luego del 44, se agregó la mayor parte del norte y del este de Palestina. El dominio romano, ejercido por procuradores que dependían directamente de Roma, era duro y corrupto, pero respetaba la religión del país y se apoyaba en la aristocracia local. Esto explica cómo se afirmó y mantuvo sin demasiadas dificultades, aún cuando pasó a la administración directa en el 6 d. C.; la resistencia de Judas el Galileo parece haber sido un hecho totalmente aislado.

La situación comenzó a empeorar progresivamente a partir del 44 hasta la rebelión del 66, que signó el comienzo de una guerra feroz que duró siete años y concluyó con la derrota definitiva de los hebreos de Palestina y con la liquidación de toda veleidad nacionalista en las colonias hebreas dispersas en todo el imperio romano. Pero en la época en la que Jesús desarrolló su actividad, la situación política era relativamente calma en Palestina, no obstante el estado de tensión suscitado de tanto en tanto por los abusos a los que se entregaba voluntariamente el procurador Poncio Pilato (26-36 d. C.). Así, la dominación romana permitía la subsistencia de una cierta autonomía local. Sin hablar de la libertad de que gozaban en la época de Jesús los te-



1



2

1. *Belén en Jordania. Panorama desde una terraza de la basílica de la Natividad* (Mairani).

2, 3. *Nazaret, Israel. Dos vistas del camino que lleva al lago de Tiberíades* (Mairani).

trarcas Herodes Antipas (Galilea y Perea) y Filipo (región al este del lago de Tiberíades) para administrar sus estados como lo deseaban, esta autonomía tomaba dos formas distintas. Por una parte, las numerosas ciudades fundadas o engrandecidas desde hacía dos siglos según el modelo griego en casi todas las regiones de Palestina, tenían casi todas un estatuto municipal privilegiado y se administraban por sí solas: Tolemaida, Dora, Cesárea, Ascalona, Gaza sobre la costa; Dion, Hippos, Gadara, Gerasa, Filadelfia, Kanatha, Raphana, a las cuales se agregaba Damasco en Siria, formaman la confederación de la Decápolis luego de que Pompeyo las hubo liberado del yugo asmoneo; en el interior de Palestina, Cesárea de Felipo, Bethsaida-Julias, Tiberíades, Sephoris, Samaria-Sebaste.

Por otra parte, los países habitados solamente por hebreos eran administrados por consejos (*sunedrion*, sinedrio [sanedrin]) que tenían su sede en las localidades principales, entre las cuales parece ser que Jerusalén ejercía una particular autoridad sobre todas las otras para algunos sectores. Estos sinedrios, en los que la aristocracia compartía el poder con los legistas, aseguraban el orden, administraban la justicia según el derecho judaico y eran responsables de la cobranza de los impuestos directos. La cobranza de los impuestos indirectos estaba confiada a hombres de negocio sumamente impopulares, los publicanos de los Evangelios (*telônai*).

La situación económica y social de Palestina de la primera mitad del siglo I d. C., como la de las otras provincias romanas, escapa al conocimiento exacto. La población estaba formada predominantemente por campesinos, aún cuando residían en una pequeña ciudad de cierta importancia. La gran propiedad, a menudo dada en gestión por cuenta de ricos propietarios ausentes a intendentes de pocos escrúpulos, se combinaba con el pesado endeudarse de los pequeños arrendatarios para incorporar reclutas contra las bandas de ladrones que infestaban permanentemente algunas regiones apartadas. Pero la agricultura da la impresión de una cierta prosperidad en la Palestina de esta época. También la pesca en el lago Tiberíades y las costas del Mediterráneo parece que era próspera y fuente de sustento para buena parte de la población.

Numerosas, las ciudades eran en su mayor parte grandes burgos poblados por una parte de agricultores. Verdaderas ciudades eran sólo Cesárea y Jerusalén, con su bien distinta función económica: gran comercio internacional, administración y actividad económicas relacionadas con la presencia de una importante guarnición, en lo que respecta a Cesárea; gran concentración de artesanos y de pequeños comerciantes, numerosa población al servicio de las clases pudientes (aristocracia sacerdotal, hebreos de la diáspora retirados a Jerusalén) y del



3

Templo, en lo que atañe a Jerusalén. En esta sociedad los contrastes entre las clases sólo en pocas ocasiones desembocaban en la violencia, y eran menos agudos que las tensiones religiosas entre judíos y samaritanos o en el interior del pueblo hebreo que los conflictos raciales entre hebreos, griegos y sirios.

La presencia de un buen número de localidades pobladas por inmigrantes sirios, griegos o de otra nacionalidad en el interior o en los confines de Palestina hebraica había puesto de hecho a los hebreos en contacto con civilizaciones profundamente diferentes de la propia. La inmigración de los sirios y el retorno de los hebreos exiliados en la Mesopotamia había favorecido bien pronto el progreso del arameo a expensas de la lengua hebrea, que si no había desaparecido del todo en la época de Jesús como lengua hablada, sólo subsistía en algunas regiones apartadas de Judea y en el uso de algunos ambientes religiosos fuertemente ligados a la tradición. Gracias al nivel cultural bastante elevado del pueblo hebreo y a la estrecha semejanza entre las dos lenguas, el hebreo era entendido por muchos judíos, pero no por la masa, sobre todo en Galilea. Indudablemente, este hecho ha contribuido a dividir profundamente al pueblo del país y a los cuadros religiosos del judaísmo. El establecimiento de inmigrantes que hablaban griego, tanto paganos como hebreos, había proporcionado una sólida base a la difusión de esta lengua en Palestina. En gran parte lengua de la administración romana, vehículo de una cultura sin igual, el griego era hablado por toda la aristocracia y comprendido al menos por un gran porcentaje de la población. Con la lengua, en Palestina se habían afirmado algunos aspectos de la civilización greco-romana, a pesar de la violenta oposición de ciertos judíos: termas, estadios, arquitectura urbana, etcétera. En lo que respecta al latín, había penetrado apenas, no obstante su uso en el ejército y en la administración romana. Por lo tanto, debía ser comprendido en el ambiente dirigente, y la lengua hablada se había apropiado de algunos términos.

La difusión muy limitada del griego y del latín, como también la resistencia del hebreo a la moda del arameo, debían atribuirse en buena medida al particularismo religioso del pueblo hebreo, que la encarnizada lucha conducida en el siglo II d. C. por los macabeos contra la helenización había reforzado en modo singular, al menos en Palestina.

El monopolio del culto del Templo de Jerusalén se había consolidado durante este período crítico. En el 128 a. C., el santuario de los samaritanos había sido destruido por los hebreos, y Samaria sometida, y ello había profundizado en buena medida la ruptura religiosa entre los dos pueblos, teniendo en cuenta el rechazo por parte de los samaritanos de llegar a un acuerdo. En la época de Jesús, estos últimos pasaban por cismáticos y heréticos dignos de condena, y cualquier relación personal con ellos estaba interdicta. Eran frecuentes los encuentros entre judíos y samaritanos, los que en ciertos casos habían asumido considerables proporciones, al punto de hacer necesaria la intervención de las tropas romanas. Sin embargo, las relaciones entre las dos religiones eran muy estrechas, ya que los samaritanos adoraban al mismo Dios según reglas muy parecidas a las de los judíos, y aceptaban al Pentateuco como libro sacro. Pero los hebreos estaban demasiados profundamente ligados al santuario de Jerusalén para aceptar que hubiera otro competidor a menos de dos jornadas de camino. Sensible a ello, Herodes el Grande dejó en el abandono al templo samaritano y emprendió la costosa reconstrucción del templo de Jerusalén, a partir del año 19 a. C. El templo tenía dimensiones imponentes: el perímetro medía alrededor de 1380 metros, es decir, el doble del de la acrópolis ateniense; los muros de sustentamiento necesarios alcanzaban una altura superior a los 40 metros; la cerca del lado interior estaba circundada por vastos pórticos, el más amplio de los cuales, denominado "pórtico real", cubría una superficie de más de 8.000 metros cuadrados, a lo largo del muro meridional y allí se reunían los cambistas de valores y los mercaderes del templo. Al centro del inmenso ámbito así delimitado, conocido como el Patio de los gentiles, se erigía el santuario propiamente dicho, imponente construcción de 50 metros de altura, totalmente circundado por otros patios y elevado diversos metros con respecto al Patio de los gentiles. Los diversos altares situados en esta zona eran los únicos en los que los hebreos de todo el mundo estaban autorizados para ofrecer sacrificios. Se comprende fácilmente cómo inmensas multitudes fluían a Jerusalén desde todas partes, sobre todo en ocasión de las grandes fiestas anuales, la pascua en primavera y la fiesta de las tiendas al fin del verano, a las que deben agregarse la fiesta de Pentecostés en primavera y la fiesta de la dedicación al Templo, al fin del otoño. Los peregrinos eran muy numerosos durante la pascua, y los riesgos de cualquier agitación en esta época eran mayores, de manera que los romanos tomaban especiales precauciones militares. Pero como regla general, el ocupante dejaba a las autoridades hebreas la tarea de mantener la calma y el orden en el Templo, en la ciudad y en la periferia, y se limitaba a intervenir con una cierta brutalidad sólo cuando la policía local no lograba hacer frente a la situación. La vigilancia del Templo y de los contornos necesitaba, entonces, la presencia de una guardia armada muy numerosa, mientras el cuidado de los lugares, la administración de esta enorme institución y la celebración cotidiana del culto requerían un abundante personal, desde obreros a sacerdotes; junto a los sacerdotes encontramos a los levitas, que aseguraban las funciones subalternas. Los recursos económicos no faltaban, gracias sobre todo al impuesto anual de dos dracmas que todo hebreo varón debía pagar para el Templo, a partir de la edad de veinte años, sin utilizar, para cumplir con su obligación, moneda con figura humana. Esta condición tornaba indispensable la presencia de los cambistas de valores en el Patio de los gentiles. Para dirigir este personal y administrar los fondos, algunas veces, según parece, el sinedrio de Jerusalén pretendió compartir el poder con el sumo sacerdote, según reglas mal definidas, lo que a menudo creaba conflictos. Pero el Sumo Sacerdote gozaba de una considerable autoridad, derivada del carácter sacro del cargo y de su pertenencia a la gran aristocracia. Nombrado teóricamente en forma vitalicia, pero de hecho revocable por parte del procurador, el rey o el príncipe protector del Templo, según las épocas, siempre era elegido entre los miembros de algunas familias sacerdotales particularmente ricas, con el apoyo de las cuales conducían los asuntos del Templo. Con respecto a este grupo restringido que formaba el núcleo del partido de los saduceos, la multitud de los sacerdotes hereditarios aparecía como una casta menor a la que las tareas sacerdotales no absorbía totalmente, y que en consecuencia se dedicaba también a otras ocupaciones profesionales en Jerusalén o en la región circundante. En cuanto a los levitas, éstos debían asegurar la guardia del Templo y componían los coros necesarios para la celebración del culto.

Este culto, que se distinguía por la ejecución de numerosos sacrificios de animales, tenía un lugar central en la religión hebraica. Todo buen hebreo debía tomar parte, al menos en ocasión de las grandes fiestas. Sin embargo, la importancia siempre creciente del estudio y de la aplicación a la vida cotidiana de la ley mosaica (*Torah*) en la época de Jesús Cristo había dado origen a la formación de un nuevo grupo profesional, el de los escribas o doctores de la ley, y de una nueva institución religiosa, la de la sinagoga. En parte docentes, en parte jurista, los escribas se dedicaban a la transmisión de la ley escrita y a la interpretación tradicional que de a poco se había constituido en torno al texto sacro. Se rodeaban de discípulos que pasaban muchos años junto a ellos, y que les profesaban gran respeto, los llamaban "padres", "guías" o "rabinos", es decir, "maestros". Los rabinos, muchos de los cuales eran de origen sacerdotal, se agrupaban entre sí por afinidad. Algunos reducían todo lo posible el lugar ganado por la tradición en la interpretación de la ley y se ajustaban al texto de la *Torah*, negándose a hacer demasiados agregados; ligados al partido de los saduceos, tenían una posición conservadora en materia de fe. Otros acorda-

ban una importancia mayor a la interpretación tradicional, y mostraban abiertamente su deseo de introducir la ley en la vida cotidiana. La mayor parte de estos últimos estaba ligada al partido de los fariseos, que por ciertas analogías podemos comparar con el jansenismo o el puritanismo del siglo XVII europeo, y que formaba en la época de Jesús la *élite* religiosa del pueblo hebraico. Pero a pesar de ser todos ellos fariseos, se dividían en dos corrientes, que se distinguían con el nombre de dos rabinos de la época de Herodes el Grande, Shammai e Hillel.

Las sinagogas (asambleas), en la época de Jesús, eran el punto de contacto entre los escribas y el pueblo. Las primeras sinagogas habían hecho su aparición cuatro o cinco siglos antes y, a pesar de nuestras escasas informaciones, parece probable que ya existieran al comienzo del siglo I d. C. en todos los lugares donde residía una decena de hebreos, tanto en la diáspora como en Palestina. La organización de las mismas era notablemente diferente de un lugar a otro, pero desarrollaban todas las funciones de casa común, escuela y lugar de culto. Sus dirigentes en general eran elegidos, y vigilaban el buen orden moral del lugar, a la vez que estaban encargados de la administración de la sinagoga misma. Se efectuaban reuniones regularmente, en particular el día del sábado, cuando se desarrollaba un verdadero culto hebdomadario, compuesto por la lectura de un pasaje de la ley y de los libros de los profetas, de una paráfrasis en arameo de estos textos (*targum*), por el comentario de los mismos textos por parte de aquellos que asistían, comprendidos los visitantes, y que se consideraban calificados para hacerlo, por el canto de los salmos y las plegarias, a menudo pronunciadas a coro. Estas reuniones de edificación religiosa y moral no eran frecuentadas por toda la población, pero constituían la mejor ocasión para la difusión de ideas en el ambiente fariseo, o simplemente religioso, que se distinguía de la masa por la observancia más rigurosa del reposo del sábado. Naturalmente, la religión popular tenía cierta dificultad para incluirse en el cuadro bastante rígido del culto del Templo y de las reuniones de la sinagoga. Nuestros conocimientos a tal respecto son bastante escasos. Sin duda, la demonología y el gusto por lo maravilloso jugaban una función importante, como nos lo prueba especialmente el relato de los milagros en los Evangelios. Como también es cierto que la masa de los hebreos esperaba a un Mesías que diera nuevo vigor al país y aportara un período de paz, independencia y prosperidad, una prefiguración del cual había sido el reino de David. Así podemos explicar el éxito a veces considerable que tuvieron en el mundo palestino de esta época diversos autodenominados mesías; autores también de milagros y destructores de los romanos, pero siempre rápidamente derrotados por la coalisión de los ocupantes y los grandes propietarios de tierras.

Dividido en grandes corrientes, el judaísmo del tiempo de Jesús comprendía también movimientos de menor amplitud, que lograban reunir en torno a sí a grupos reducidos, pero que ejercían una real influencia sobre la vida nacional. Sospechamos la existencia de un cierto número de sectas secretas, algunas de las cuales dejaron su impronta en la prehistoria o protohistoria del cristianismo: masboteos (= bautistas), helenos (en comunicación con los helenistas de las Actas, 6?), nazarenos (hebraico *nozrim*?).

Conocemos un poco mejor a los celotas, una especie de sociedad secreta formada hacia el 6 d. C. por la acción de un tal Judas el Galileo, asociado a un fariseo de nombre Sadoq. Este grupo se inspiraba en el ejemplo de Fineas (*Números 25*) y de Matatías (I *Mac.* 2) para iniciar una obra de purificación del pueblo hebraico con la eliminación física de pecadores que daban escándalos y que las autoridades legales no reprimían. La secta conoció un período de decadencia entre su primera campaña (6-7 d. C.) y el año 50, época en la que, bajo la dirección de los descendientes de su fundador, adquirió una influencia notable. Durante la rebelión nacional del 66-73, los celotas contribuyeron ampliamente a la lucha contra Roma, como también a la que se realizaba con respecto a los conflictos internos que debilitaron el campo de los judíos, en el cual no eran pocos los que se oponían a su brutal rigorismo. Por lo tanto, se cometería un error si se considerara al partido celota como a una especie de Frente nacional de liberación que luchaba antes que nada contra el ocupante. Muy ligado a los ambientes de los fariseos, de los que compartía las ideas acerca de todos los problemas más importantes, este grupo representaba el ala izquierda de la formación y tenía como objetivo principal la conducción de Israel a la obediencia de Dios. La libertad política no constituía más que un fin secundario.

De entre todas las sectas hebraicas, los esenos son los más conocidos desde que se encontró en Khirbet-Qumran, en la costa nordoriental del Mar Muerto, las ruinas de un centro que les perteneciera y los restos de la magnífica biblioteca que allí habían reunido. No podemos decir que su historia, sus costumbres y sus ideas nos sean conocidas; pero la secta, que se remonta al siglo II a. C., reformada según parece en el siglo I por un "maestro de justicia" que no pudo ser mejor identificado, relativamente numerosa en la época de Jesús y de Juan Bautista, en ciertos aspectos presenta analogías con la Iglesia cristiana primitiva, a la que pudo prepararle el camino. A pesar de que existieron fases y tendencias discordantes en la historia del esenismo, los miembros de la secta llevaban una disciplinada vida en común, ascética y dedicada a los estudios; algunos de ellos, célibes, practicaban un cenobitismo integral en Qumran, y tal vez en otros lugares igualmente apartados. Los otros constituían una especie de tercer orden, que se mezclaba con la población de las localidades hebraicas. La secta contaba entre sus integrantes con muchos sacerdotes, lo que explica la espera de un mesías sacerdote tica a la pureza del rito y a las abluciones destinadas a restablecerla, como también explica la espera de un mesías sacerdote más grande que el mesías rey. La mesianología de los esenos estaba, por lo tanto, notablemente desarrollada, y prefigura en ciertos aspectos a la cristología cristiana. Otras particularidades doctrinarias de la secta son el dualismo que seguramente sufrió la influencia de Irán, la convicción de vivir ya los últimos tiempos de la historia y de constituir los últimos restos del pueblo sacro de Israel, y una exégesis original que refería todas las profecías a la historia esénica.

Juan el Bautista

Frente a este grupo restringido, Juan, hijo de Zacarías, se nos aparece al mismo tiempo como heredero y adversario. Nacido seguramente antes que Jesús (*Lucas*, 1-2), este asceta del desierto tuvo, sin duda, contactos con los esenos, aún cuando jamás adhirió a la secta. Comparte con ellos la convicción de que el fin del mundo está próximo, el mismo gusto por la vida en el desierto, y el recurso del agua como medio de purificación.

Pero difiere profundamente de la secta en cuanto a la orientación general de su obra: Juan no se dirigía a los individuos a los que trataba de alejar de su ambiente de origen, sino a la masa a la que muy pronto enviaba a vivir según sus costumbres habituales; él le había dado a la purificación por medio del agua un significado radicalmente escatológico tal que su bautismo no podía ser repetido, sino que constituía un acto único que, por gracia de Dios, quitaba de una sola vez todos los pecados de aquel que lo recibía en penitencia. Con el ofrecimiento a todos de este medio simple para retornar a la gracia de Dios, Juan Bautista devolvía a la comunidad del pueblo elegido la masa de los hebreos cuyo entusiasmo se había debilitado. Su acción, por lo tanto, tomaba una dirección opuesta a la de los fariseos y la de los esenos, los que excluían a la gran masa de los tibios. Es necesario agregar, además, que Juan Bautista se había rodeado de un cierto número de discípulos, entre los cuales hallamos, por un breve período, a Jesús, y que luego de su arresto y de su muerte continuaron su obra. Este grupo, según parece, bien pronto se transformó en una secta, que rivalizó aquí y allá con la iglesia cristiana (cfr. los caps. 1-3 del cuarto Evangelio y su polémica antibautista), y de la



1

1. Bautismo de Jesús. Pintura mural del siglo III. Roma, Cementerio de Calixto, cripta de Lucina (Scala).

2. El bautismo de Jesús *del Giotto. Padua, Capilla de los Scrovegni* (Scala).



2

En las páginas 98-99:

1, 2, 3, 4. Detalles de los frescos de Giotto en la Capilla de los Scrovegni en Padua: la matanza de lso inocentes, la expulsión de los mercaderes del templo, la entrada en Jerusalén, el beso de Judas (Scala).

cual los mandeos de la Mesopotamia de hoy son sus lejanos descendientes.
La documentación relativa al Bautista es tan exigua si se excluyen algunos pasajes de los Evangelios canónicos, que resulta sumamente difícil reconstruir su carrera. La misma fue breve: luego de un período de formación, cuya duración no podemos determinar, alrededor de dos años de predicaciones y de actividad como Bautista (26-28 d. C.) seguidos de algunos meses de prisión en las cárceles de Herodes Antipas, cuya conducta matrimonial había sido denunciada por Juan; luego la ejecución capital, que el Evangelio de Marcos nos transmitiera en un relato legendario, pero altamente dramático (*Marcos*, 6-14-19). Desde el desierto de Judá y desde el valle inferior del Jordán, donde Juan hizo su aparición primera, él llegó a Betania (*Juan*, 1-28), luego a Enon, cerca de Salim (*Juan*, 3-23), localidad donde se había refugiado para escapar a la persecución del sinedrio de Jerusalén, estando la primera bajo el dominio de Herodes Antipas y la segunda tal vez situada en Samaria.
Siguiendo a los Evangelios, no debemos subestimar la figura de Juan Bautista reduciéndolo a simple precursor de Jesús. En realidad, fue un profeta de gran valor, que anunciaba su propio mensaje, y que se reconoció sólo parcialmente con la actividad de Jesús (*Mateo*, 11-2 ss.) y ciertamente no se pronunció jamás con tanta claridad sobre el antiguo discípulo como en cambio afirma el cuarto Evangelio (*Juan*, 1-29 ss.; 3-27 ss.). Por lo tanto, es cierto que contribuyó notablemente al éxito de Jesús sobre las multitudes, poniéndolas en movimiento, tratando de convencerlas de la inminencia del Fin, y revelando la dimensión gratificante de la obra de Dios.

La vida

No obstante las afirmaciones contrarias de ciertos amantes de la paradoja, Jesús no es una figura mítica. Los documentos paganos, hebraicos y cristianos, no dejan ninguna duda al respecto. Se trata aquí de describir una existencia humana, comprendida entre un nacimiento físico y una muerte física, aún teniendo presente todas las dificultades mencionadas hasta ahora. Y también deberemos agregar algo acerca de la prolongación constatable de la vida de Jesús que fuera, más allá de las apariciones de Cristo resucitado a sus discípulos, la existencia de un grupo que continuaba la obra del desaparecido en los lugares mismos en que este último había vivido, y que se decía animado por su espíritu; quiero decir la Iglesia palestina, dirigida por más de treinta años por los viejos compañeros de Jesús, y finalmente absorbida en la derrota nacional del 66-70.
Dos Evangelios canónicos, el de Marcos y el de Juan, descuidan completamente la infancia y la adolescencia de Jesús, y nos lo presentan en la vigilia de su entrada en la vida pública. Por otra parte, este silencio parece concordar con la manera en que la vida de Jesús era evocada en la predicación misionera más antigua (*Actas*, 2/22-24; 10/37-43; 13/23-31). Los otros dos Evangelios canónicos, el de Mateo y el de Lucas, y muchos otros apócrifos de épocas más tardías, nos hacen conocer en cambio un cierto número de antiguas leyendas relativas al nacimiento y a la infancia de Jesús. Las profundas divergencias entre *Mateo*, caps. 1-2, y *Lucas*, caps. 1-2, revelan que tales leyendas no tienen ningún fundamento común palestino, y esencialmente carecen de valor histórico, no obstante su belleza poética. Sin embargo, algunas indicaciones dadas al pasar en estos relatos merecen la atención del biógrafo, sobre todo cuando las mismas confirman noticias conocidas por otras fuentes. Así, la fecha del nacimiento de Jesús, aún muy incierta, puede deducirse de tres indicaciones contenidas en aquellos pasajes legendarios de Mateo y de Lucas; si Jesús tenía alrededor de treinta años cuando fue bautizado por Juan Bautista (*Lucas* 3/23), su nacimiento debe ubicarse un poco antes de la era cristiana, calculada sin excesiva atención en el siglo VI por el monje romano Dionisio el Pequeño; si el censo de Quirino (*Lucas*, 2/1-2) coincide con este nacimiento, solo puede ser hacia el 4 a. C., en el momento en que se abría la sucesión de Herodes el Grande; si un fenómeno astral excepcional ocurrió en el momento del nacimiento de Jesús (*Mateo*, 2/1-2), ello ocurrió seguramente en el año 5 ó 4 a. C., años durante los cuales los astrónomos chinos notaron la aparición de algunos cometas. La fecha del 4 a. C. es la única compatible con estas tres indicaciones.
Además, las dos genealogías de *Mateo*, 1/1-17 y *Lucas*, 3/23-38, a pesar de sus divergencias y del carácter artificial, confirman de todos modos que Jesús había nacido en una familia cuyo jefe se jactaba de descender del rey David (cfr. también *Mateo*, 1/20 y *Lucas*, 1/27 y 2/4).
La denominación de "hijo de David" atribuida a Jesús en otros puntos de la tradición sinóptica y de la literatura cristiana del siglo I (*Rom.*, 1/3; *Il Tim.*, 2/8; *Apoc.* 5/5 y 22/6) no podría tener otro origen. También *Mateo*, 1/18-25 y *Lucas*, 1/26-38, dan dos versiones muy diversas y claramente legendarias acerca del misterio que circunda el nacimiento de Jesús. Pero los dos pasajes concuerdan entre sí y con otros (*Mateo*, 1/16; *Lucas*, 3/23; *Marcos*, 6/3) en testimoniar que Jesús era hijo de María pero no de José, que desposó a María inmediatamente y que por lo tanto se convirtió en el padre legal del niño (cfr. *Lucas*, 4/22; *Juan*, 1/45 y 6/42). El historiador no puede, sin transformarse en teólogo, aceptar por cuenta propia la explicación dada por Mateo y por Lucas, que atribuyen la paternidad física de Jesús al Espíritu Santo. Pero tampoco tiene el derecho de acordarle su asentimiento a la calumnia hebraica posterior, que hace de Jesús el hijo de un soldado romano, Panthera; deberá limitarse a constatar la existencia de un enigma histórico cuya solución seguramente jamás será hallada.
La existencia de este enigma explica también la incertidumbre que impera acerca del lugar del nacimiento de Jesús. Belén, citada a este respecto por Mateo y Lucas, jamás es mencionada en otro punto del Nuevo Testamento, excepto en *Juan*, 7/42, donde se sugiere claramente que esta localidad no tenía nada que ver con Jesús. Además, al ser Belén la "ciudad de David" se explicaría fácilmente también la falta de todo recuerdo histórico que ligue el nacimiento de Jesús con este villorrio de Judea. Sin embargo, no se puede descartar apriorísticamente la idea de que Jesús haya nacido lejos del domicilio de la madre y del padre legal, tal vez también en Belén.
Tal como están exactamente las cosas, es en un oscuro villorrio de Galilea, Nazaret, donde Jesús pasó su infancia y casi seguramente también su adolescencia (*Mateo*, 2/23; 21/11; *Marcos*, 1/9; *Lucas*, 2/39, 51; *Juan*, 1/45-46; *Actas*, 10/38). Vivió como un niño judío en el ambiente judío, tal como lo revela, más que la ligazón de su familia con la ascendencia davídica, el nombre mismo que se le había dado: *Jeshua* (griego *Jesous*), nombre hebraico muy común entre los hebreos de entonces, que había sido llevado un tiempo por Josué, sucesor de Moisés a la cabeza del pueblo de Israel, y cuyo significado, "Dios [es] salvación", era conocido por todos. José, padre legal de Jesús, era carpintero y albañil, un pequeño empresario en resumen (*Mateo*, 13/55) y según parece le enseñó el oficio al hijo (*Marcos*, 6/3, según la variante más probable; diversos apócrifos). Probablemente murió antes de que Jesús hiciera su primera aparición pública y María, su esposa, lo sobrevivió por muchos años. Jesús era el mayor de la familia (*Lucas*, 2/7), tenía numerosas hermanas de las que no conocemos los nombres (*Marcos*, 3/32; 6/3; *Mateo*, 13/56) y cuatro hermanos de nombre Jacobo, José, Judas y Simón (*Marcos*, 6/3; *Mateo*, 13/55).
Artesano de una aldea, sin duda Jesús poseía cierta instrucción. Por lo visto sabía leer (*Lucas*, 4/16 ss.) y comprendía o hablaba casi seguramente, aparte del arameo, su lengua materna, un poco de hebraico y de griego, lenguas que en aquella época eran habladas en algunas regiones de Palestina. No parece ser que haya sido educado por los rabinos (*Marcos*, 6/2; *Juan*, 7/15). Su vida religiosa se nos escapa casi por completo, pero debe haber participado activamente en la vida de la sinagoga de Nazaret. La graciosa leyenda de su peregrinaje al Templo, a la edad de doce años (*Lucas*, 2/42-51) no es de hecho

inverosímil, y podría basarse en una anécdota auténtica; ello confirmaría que su familia practicaba un judaísmo de estricta observancia. No tenemos ninguna razón para pensar que adhiriera a una u otra corriente organizada entonces en el interior del pueblo hebreo.
Tampoco tenemos ninguna pauta para concluir que Jesús haya viajado mucho o que haya abandonado con frecuencia su villorrio antes del comienzo de la predicación. Probablemente tuvo una juventud bastante sedentaria, y mantuvo a su familia luego de la muerte de José, lo que tornó más incomprensible su partida para sus familiares una vez llegado el momento (*Marcos*, 3/212 y 3/31-35). El hecho de que otros huérfanos dependieran de él constituye la mejor explicación del porqué había permanecido célibe, contrariamente a la costumbre hebraica que alentaba el matrimonio para todos a una edad aún tierna. No conocemos de hecho la apariencia física de Jesús, desde el momento que no poseemos ningún retrato contemporáneo, ni siquiera literario. El sudario de Turín no es auténtico, y nada dice del lineamiento del rostro de Jesús. En cuanto a los retratos antiguos, los mismos se remontan a lo sumo a la mitad del siglo II (Capilla Griega de la Catacumba de Priscilla en Roma) o al comienzo del siglo III d. C. (Doura Europos) y sólo son representaciones que no se basan en ningún modelo antiguo, dado que los hebreos no admitían la representación de la figura humana por obra de artistas.

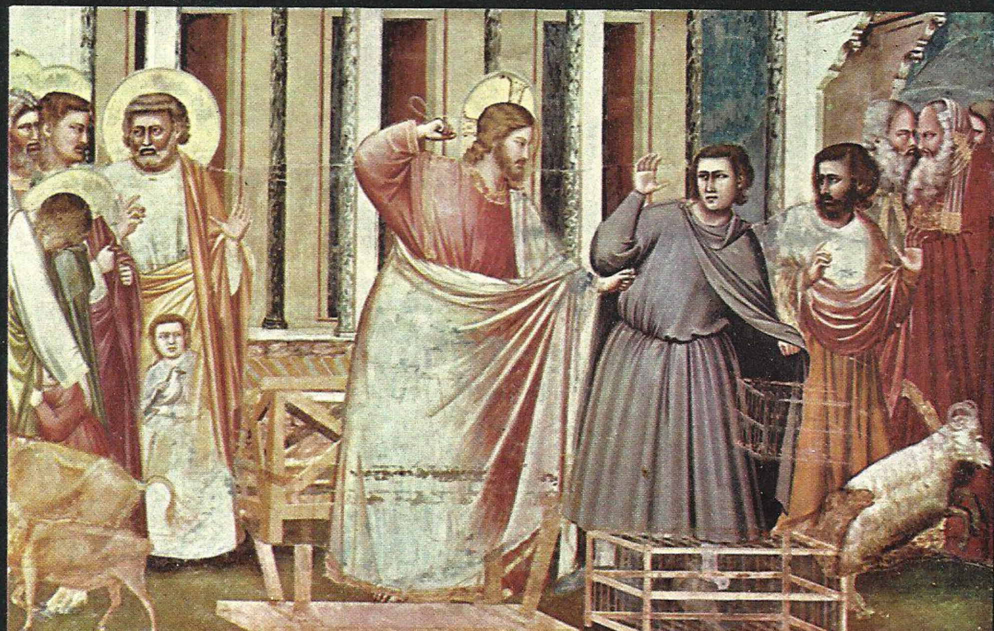
El encuentro con el Bautista

Hacia los treinta años (*Lucas*, 3/23) la vida de Jesús sufrió un cambio radical. Los cuatro Evangelios (*Mateo*, 3/13 ss.; *Marcos*, 1/9 s.; *Lucas*, 3/21-22; *Juan*, 1/29 ss.) y los resúmenes de la predicación apostólica relativa a Jesús (*Actas*, 1/21-22; 10/37) concuerdan en indicar el comienzo de este nuevo período con el encuentro con Juan Bautista. Como muchos otros en aquel mismo tiempo, Jesús corrió hacia el profeta de la penitencia para todos y, conquistado por su predicación, se hizo bautizar por él en el Jordán (*Mateo*, 3/13; *Marcos*, 1/9; *Lucas*, 3/21 y 4/1). Este suceso, que ponía a Jesús en condición de inferioridad con respecto al Bautista a los ojos de los lectores del Evangelio, nos fue referido con gran precaución por los evangelistas: Lucas y Juan se contentan con hacer una simple alusión, sin narrarlo (*Lucas*, 3/13; *Juan*, 1/30-34); Mateo nos muestra a un Jesús que alienta a Juan Bautista, intimidado por este nuevo recluta fuera de lo común (3/14-15); los cuatro ponen el acento sobre todo en el milagro que habría ocurrido inmediatamente después del bautismo. El relato de Marcos, que es el más antiguo y el más claro, revela que este milagro consistió en una visión de Jesús, acompañada de la percepción de una declaración que a él le hiciera Dios (1/10-11). Esta narración se refiere directamente a Jesús, y tal vez es la única que nos permite conocer la íntima experiencia religiosa del profeta de Nazaret. Por lo tanto, es necesario atribuir al mismo Jesús el recuerdo de su bautismo por parte de Juan Bautista, y ello hace de este episodio uno de los más seguros de su biografía.
A partir de ese momento Jesús estuvo convencido de que el bautismo le había dado no sólo el perdón de los pecados y la certeza del perdón en el momento del Juicio Universal procurado a todos, sino también el don eterno del espíritu de Dios y la certeza de una particular elección como "hijo dilecto de Dios" para una misión extraordinaria.
Algunas veces se ha intentado hacer de esta revelación celestial una citación de uno de los cantos del "siervo del Señor" contenidos en el libro de *Isaías* (42/1) y por lo mismo de entrever un recuerdo al sufrimiento substituto, característico de este siervo (*Isaías*, 52/13, 63/12). Es poco probable que las cosas hayan sido de esta manera, aún cuando Jesús inmediatamente pudo hacer acercamientos entre su misión y la del siervo del Señor, porque tanto en Marcos como en Lucas, la palabra divina sólo tiene un lejano parecido con el pasaje de *Isaías* 42/1, mientras que en Mateo, donde se acerca más a aquel texto, se hace referencia a la bondad y a la modestia de Jesús, y no a su sufrimientos (*Mateo*, 12/17-21). Es necesario entonces tener el cuidado de no buscar un sentido demasiado misterioso en una palabra que constituía ya un suceso existencial perturbador, cualquiera que fuera su exacta formulación. Los tres Evangelios sinópticos afirman que Jesús, impulsado por el Espíritu, se retiró inmediatamente al Desierto, donde fue tentado por Satanás. El hecho no tendría nada de sorprendente, ya que para los hebreos el desierto era, el mismo tiempo, el lugar del encuentro con Dios y aquel donde el espíritu del mal erraba más libremente. Pero el relato del encuentro con Satanás, como lo refieren *Mateo* (4/1-11) y *Lucas* (4/1-13), más que carácter histórico, revela mucho de la meditación cristológica, mientras que la breve narración de Marcos se contenta con resumir a su modo la tradición recogida en los otros dos (1-/12-13).
La biografía de Jesús puede, entonces, no tener en cuenta este episodio incierto, cuya fecha, por otra parte, resulta completamente desconocida, desde el momento que el orden de los sucesos adoptado por los evangelistas es, aquí como en otros episodios, puramente arbitrario. En cambio, resulta interesante notar que Jesús, luego de su bautismo, no volvió a su casa, como hacían casi todos los que habían acudido al llamado de Juan Bautista. Parece ser que por un período de tiempo (*Juan*, 1/29; /3/26) permaneció junto al Bautista como discípulo. Por lo tanto, recibió de Juan Bautista una cierta formación, e hizo suyas un cierto número de ideas, en especial aquellas relativas a la inminencia del Juicio final y de la gracia ofrecida desde entonces a quien aceptara arrepentirse y hacerse bautizar (cfpr., por ejemplo *Marcos*, 1/4, 718 y *Marcos*, 1/14-15).
A este período de formación junto al Bautista, cuya duración desconocemos, pero que casi ciertamente no debió superar algunos meses, si debemos dar fe al cuarto Evangelio, siguió una fase durante la cual Jesús habría bautizado a las multitudes por cuenta propia, en Judea (*Juan*, 3/22). La separación del Bautista debió motivarse en algún desacuerdo, pero cuya naturaleza se nos escapa a los modernos; por cierto, no ocurrió sin discordias: muchos compañeros del maestro se ligaron al discípulo (*Juan*, 1/35 ss.), cuyos éxitos suscitaron la envidia de aquellos que no habían seguido al movimiento (*Juan*, 3/26). Tampoco la duración de esta fase puede asegurarse; se puede pensar en algunos meses.
Siguiendo los dos primeros Evangelios, el arresto de Juan Bautista por parte de Herodes Antipas es el suceso que dió una orientación definitiva a la actividad pública de Jesús (*Mateo*, 4/12 ss.; *Marcos*, 1/14-15); *Lucas*, 3/29-20, 4/14, y *Juan* 4/1-3 no confirman ni desmienten esta afirmación, que por lo tanto no se niega de hecho; Jesús volvió entonces a Galilea y se dedicó a la predicación itinerante, renunciando de esta manera a bautizar, según parece. De su período anterior en Judea le quedaron, aparte de la vocación inicial y el gran respeto por Juan Bautista (*Mateo*, 11/7 ss.; Lucas, 7/24 ss.), algunos discípulos, una cierta fama entre las multitudes de Judea a las que había bautizado, y probablemente el sobrenombre de Galileo y de Nazareno, que no hay motivo suficiente para no hacerlo derivar de Nazaret.

La expulsión de los mercaderes del Templo

Para la fase siguiente de la actividad de Jesús, la documentación que nos proporcionan los Evangelios se torna de pronto mucho más abundante, desde el momento que en estas cuatro obras la misma ocupa la gran parte del espacio no destinado a los relatos de la infancia y de la Pasión. El historiador, por lo tanto, no puede lamentarse. No obstante, esta repentina riqueza plantea muchos problemas bastante graves, ya que el historiador se halla frente a un gran número de anécdotas y de palabras aisladas de Jesús que es muy difícil poner en orden, considerando la extrema fragilidad del cuadro cronológico y geográfico que los Evangelios impusieron, cada uno a su modo, a lo que una incierta tradición les ofrecía.
La aceptación pura y simple de este cuadro ya no es posible desde que se hicieron evidentes las divergencias que en cuanto a este asunto separan a Juan de los sinópticos, o desde que se admitiera que Marcos era mucho más teológico y Juan mucho más histórico de lo que a menudo se afir-









mara. Pero el rechazo puro y simple de todos los datos topográficos y cronológicos de los cuatro Evangelios no es más admisible, salvo para aquellos que desean imposibilitar cualquier presentación biográfica de Jesús. Con frecuencia se ha intentado individualizar, en el período comprendido entre el arresto de Juan Bautista y el de Jesús, una evolución de las crisis y de los cambios repentinos, y repartir los materiales proporcionados por los Evangelios en las diversas fases definidas de tal manera. Así, se habla de éxitos populares en Galilea, seguidos de un fracaso en Judea; de una evolución interior de Jesús, que a partir de un cierto punto lo habría llevado a aceptar la necesidad del martirio; de una fase consagrada a la demostración a los ojos de los discípulos del carácter mesiánico de la acción de Jesús, seguida de otra, a partir de la confesión de Pedro en Cesárea de Filipo, destinada a hacerles aceptar la idea de un mesías cuyo destino era morir en nombre de los otros hombres.

Estas diferentes hipótesis muestran todas su lado débil, desde el momento que no tienen demasiado en cuenta las condiciones en las que la tradición sinóptica se fue formando, condiciones que hacen que la evolución psicológica de Jesús, de los discípulos o de la multitud que los seguía, escapen por siempre a nuestra comprensión. Para evitar este escollo, sin renunciar a darles un cierto orden a los datos proporcionados por los cuatro Evangelios, es necesario dirigirse hacia el aspecto jurídico de las vicisitudes de Jesús, si se recuerda que el breve ministerio del profeta de Nazaret concluyó con un proceso y una condena a la pena capital. Goguel, por ejemplo, pensaba que el momento decisivo en la vida de Jesús coincidió con el comienzo de las persecuciones que emprendiera en su contra Herodes Antipas frente al crecimiento continuo de su influencia, poco antes de las manifestaciones mesiánicas ligadas a la multiplicación de los panes (*Juan*, 6/14 ss.; *Lucas*, 13/31-33; *Marcos*, 6/14-16). Si bien esta hipótesis parece ingeniosa, no logra convencernos por cuanto no proporciona ninguna explicación satisfactoria acerca de la hostilidad de Herodes Antipas para con Jesús, quien no había atacado jamás a Herodes, como lo hiciera Juan Bautista. Ahora bien, una explicación de esta hostilidad puede hallarse en los cuatro Evangelios, y es la expulsión de los mercaderes del Templo, episodio que Herodes Antipas, el más importante de los príncipes judíos de Palestina, había seguramente interpretado como una ofensa a su autoridad moral. Se podría objetar que el suceso se ubica al final de la carrera pública de Jesús, pocos días antes de la crucifixión. Pero de ello no se puede estar del todo seguro, no obstante la concordancia de los Evangelios sinópticos en cuanto a este punto (*Marcos*, 11/15-19). En realidad, los relatos del proceso de Jesús no hacen mención de este gesto provocatorio suyo, y ello no se explicaría si hubiera sido cometido poco antes. El cuadro cronológico y geográfico de los capítulos que los sinópticos dedican a la permanencia de Jesús en Jerusalén antes de la pasión (*Marcos*, 11-13) es más débil con respecto al de los capítulos precedentes, y aún menos probable, ya que hace seguir a la escena violenta de la expulsión escenas tranquilas de enseñanza en el Templo y de discusiones amigables con los rabinos. Por su parte, el cuarto Evangelio sitúa esta expulsión justamente al comienzo de la carrera pública de Jesús (*Juan*, 2/13 ss.), en forma ciertamente arbitraria, pero que parece más verosímil que la presentación que hacen de la misma los sinópticos. Por lo tanto, podemos concluir que la intervención de Jesús contra los mercaderes del Templo sucedió en una fecha un poco menos tardía de lo que sugieren los primeros tres Evangelios. Si las cosas son así, aquel gesto de violencia ilegal tuvo ciertamente un gran eco en la opinión pública palestina. El mismo le procuró a Jesús una enorme reputación y también la decidida hostilidad de todas las autoridades constituidas, comprendido Herodes Antipas. Podemos, entonces, ubicar luego de este período a los relatos y las palabras que nos muestran a Jesús amenazado, perseguido (*Juan*, 7/11-23; 8/59; 10/39; 11/8), sin domicilio fijo (*Mateo*, 8/19-20 ss.), ya lanzado a la muerte (*Marcos*, 8/31 ss.; *Marcos*, 9/31 ss.; *Marcos*, 10/32-34 ss.). Y también muchas anécdotas localizadas fuera de la provincia procuratorial de la Judea-Samaria y de la tetrarquía de Antipas, incluidas Galilea y Perea, son casi seguramente de la época en que Jesús debía sufrir las consecuencias del golpe de mano en el Templo (cfr. en especial *Marcos*, 6/30-44 ss.). Esta repartición, naturalmente es muy hipotética, sobre todo cuando se la desea detallar. De todos modos, la esencia se halla en el hecho de que la expulsión de los mercaderes del Templo transformó las condiciones en las que se desarrollaban las actividades de Jesús. Al oponerse a un comercio que ocurría en el interior del Templo de Jerusalén, y que estaba dirigido a la inmensa multitud de peregrinos, Jesús no sólo suscitaba la cólera de las autoridades; se procuraba la atención de todo el pueblo y de un día al otro, de oscuro predicador de las campañas de Galilea, se convertía en figura nacional, despreciada por algunos, pero admirada por la mayoría; sobre todo si el mercado de las bestias del Templo era una creación reciente, y rechazada, destinada a hacer competencia al mercado tradicional del Monte de los Olivos, como hace poco se sostuviera con argumentos válidos. Es cierto que algunos críticos niegan toda realidad histórica a la expulsión de los mercaderes del Templo: el relato no tendría, entonces, para ellos, más que un valor simbólico. La razón del rechazo es simple; conscientes de la importancia que el Templo poseía como construcción y como institución, y de la solidez de las fuerzas armadas tanto romanas como judías que estaban encargadas de mantener el orden, estos historiadores piensan que Jesús no tenía medios para afrontar tales fuerzas. Ello significa olvidar las virtudes de movilidad y de decisión de un pequeño grupo que actúa por sorpresa en el centro de una multitud que simpatiza con el mismo. El ataque contra los mercaderes ciertamente duró poco tiempo, y sus autores desaparecieron rápidamente, cosa fácil para ellos desde el momento que la operación se había desarrollado en la corte exterior del Templo, el sagrado de los gentiles. Las repercusiones de un golpe de mano de tal género no se deben a las características duraderas de sus afectos, sino a la audacia con que fue realizado justamente en el lugar donde menos se lo podía esperar.

Por lo tanto, se puede afirmar con seguridad que el episodio de los mercaderes del Templo es histórico, y ocupa un puesto fundamental en la carrera pública de Jesús. ¿Tal vez con ello se desea decir que el profeta de Nazaret fue en realidad, como afirman algunos, un jefe nacionalista hebraico bajo cuyas órdenes una milicia armada y numerosa habría intentado adueñarse del Templo de Jerusalén con la intención de expulsar seguidamente a los romanos de Palestina con la ayuda de Dios? Una teoría de este tipo contradice completamente el contenido de los Evangelios, y todo lo que sabemos de la situación en Palestina en el año 30, situación que era menos tensa de lo que fuera treinta y cinco años más tarde, cuando estallará la revolución de los judíos. Es preciso, entonces, rechazarla sin hesitación.

Sin embargo, el audaz golpe de mano intentado por Jesús y unos pocos de sus compañeros contra los mercaderes del Templo debe ser explicado, no obstante su carácter sorprendente. Y la única explicación posible, dado que un acto tal difícilmente podría ser calificado como "mesiánico", consiste en admitir que Jesús actuó como un celota, es decir, como un hombre que se sentía designado por Dios para castigar a los pecadores que daban escándalo, y cuyas faltas eran toleradas por las autoridades legales. Indignado Jesús por la vista de uno de los sagrados del santuario nacional transformado en mercado público, estaba convencido de que este abuso era aceptado alegremente por el sumo pontífice. De allí el vigor de su intervención, aún si, como sugiere el "látigo" de *Juan*, 2/15, la misma no se realizó a mano armada. Actuar como un celota no significa pertenecer al partido que llevaba ese nombre, cuya actividad se había casi extinguido, según parece, para esa época, sino solamente seguir el ejemplo de Finea (*Números*, 25) y de Matatias (I *Mac.*, 2/15-28), justicieros extraordinarios que se hicieran célebres por haber defendido el honor de Dios cuando los otros

judíos estaban en falta. Probablemente, su gesto en el Templo le valió al menos la simpatía de alguno de los miembros de este grupo, como por otra parte lo confirma el hecho de que por lo menos uno de los doce discípulos era un celota (*Lucas*, 6/15, y *Actas*, 1/13; el término "cananeo" utilizado por *Marcos*, 3/18 y *Mateo*, 10/4 para el mismo personaje, es la transcripción de la palabra cuarnea de la cual "celota" es la traducción griega). Grato al partido celota, y gozando ya de un gran prestigio entre la masa de los hebreos, pero observado por las autoridades hebraicas, el Jesús de la época posterior a la expulsión de los mercaderes del Templo se hallaba en una situación delicada. Aparte de estar obligado a esconderse, corría el riesgo de hallarse supeditado a presiones peligrosas por parte de la multitud o de sus partidarios, impacientes por la lentitud de su acción. El relato de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén (*Marcos*, 11/1-11 ss.; *Juan*, 12/12-16) muestra que él se resistía a estas presiones y al mismo tiempo hacía algunas concesiones; Jesús organiza un cortejo, en el curso del cual acepta las aclamaciones de los suyos y de la multitud; pero se trata de una procesión pacífica y modesta, que no está precedida por ninguna victoria militar y que no da lugar ni a un homenaje público a las autoridades de Jerusalén ni a una sublevación contra las mismas; y tampoco como tal puede considerarse la expulsión de los mercaderes, que, por otra parte, había ocurrido antes. En la misma dirección es preciso interpretar la orden de munirse de espaldas y la afirmación de que sólo dos bastan para todos aquellos que lo acompañan (*Lucas*, 22/35-38); Jesús desea que se lo considere fuera de la ley, pero no desea desarrollar una verdadera batalla, como se lo quería obligar a hacer. Volvemos a hallar la misma idea en los relatos relativos a la captura de Jesús, en *Lucas* (22/49-53) y *Juan* (18/10--11), sobre todo: Jesús deja hacer al discípulo que quiere defenderlo con la fuerza, pero inmediatamente después lo detiene, sin reprenderlo. El más largo de estos pasajes, que se halla en la versión eslava de la *Guerra Judaica* donde Flavio Josefo (11; 9,3) habla de Jesús, nos lo muestra rodeado de partidarios entusiastas que trataban de convencerlo de que expulsara a los romanos y se convirtiera en rey de los judíos, cosa que él rehusa a hacer, sin separarse todavía de aquellos que deseaban emplear la fuerza. En todos estos pasajes, la posición de Jesús es la de un hombre cuya notoriedad le resulta un impedimento para sustraerse del todo a las solicitudes de que es objeto, pero que desea evitar el engranaje del recurso a la violencia sin límites. Se trata justamente de la situación creada por la expulsión de los mercaderes la que se evoca en todos estos textos.

Años de peregrinaje y predicación

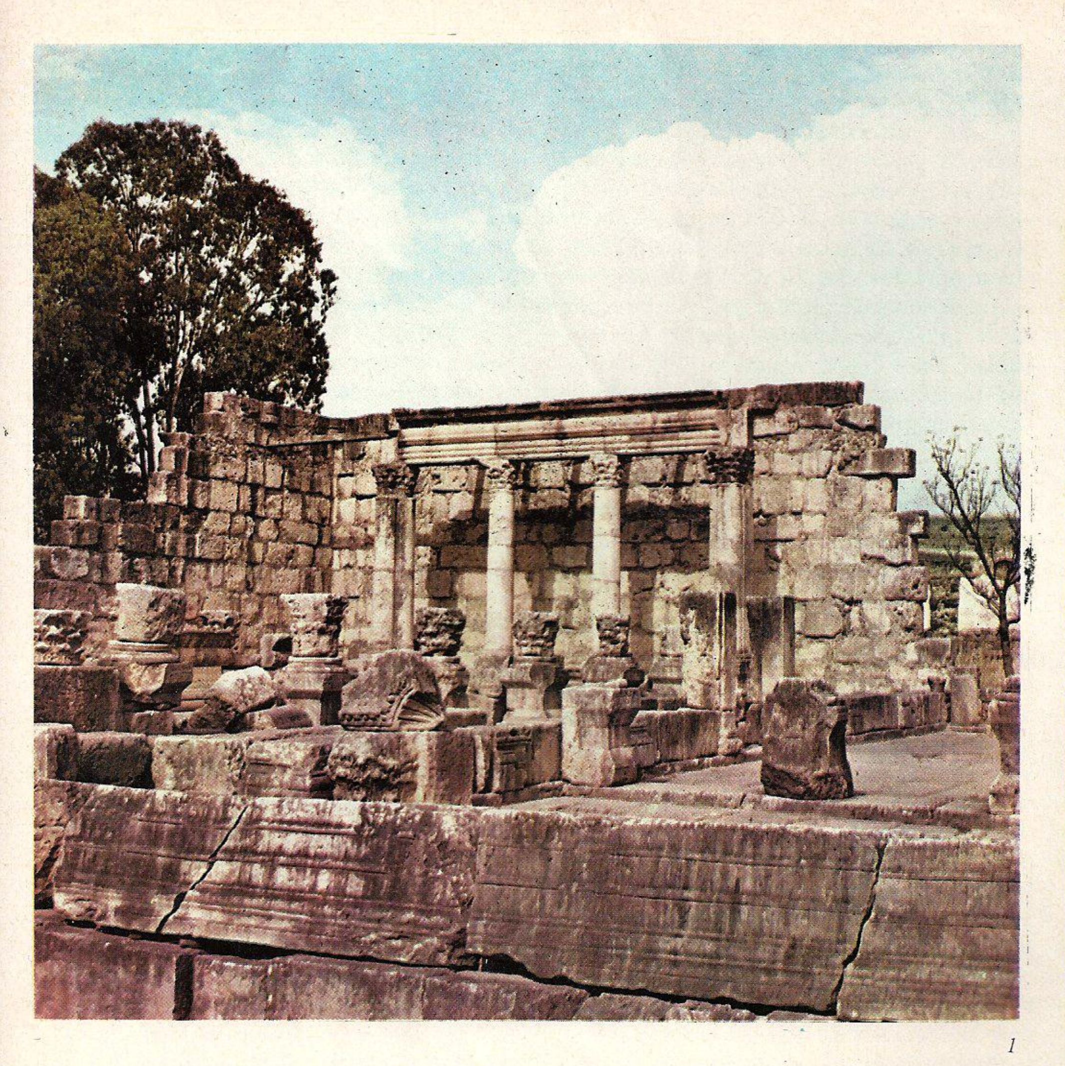
Si bien es preciso admitir que la vida pública de Jesús está dividida en dos por el golpe de mano al Templo, y la segunda parte aparece más movida y agitada que la primera, sería sin embargo un grosero error considerar a las mismas como fases radicalmente opuestas. Ya sea por lo que respecta a la actividad de Jesús como por su enseñanza, resulta esencial en cambio la continuidad entre los dos períodos. El cuadro que podemos trazar del mundo en el que Jesús cumplía el ministerio que Dios le había confiado, concierne entonces especialmente al conjunto de los dos años que van desde el arresto de Juan Bautista al del profeta de Nazaret.

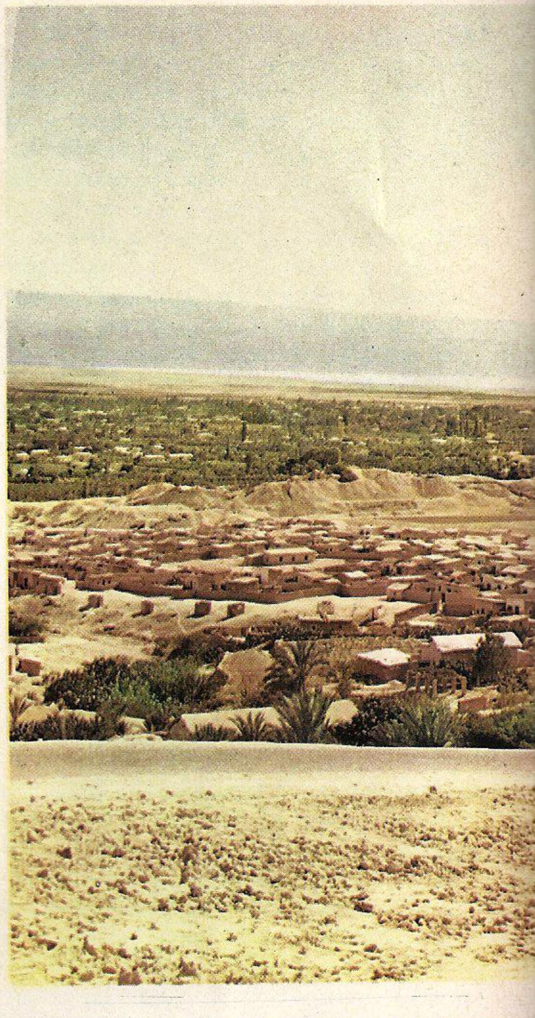
Al afirmar que esta parte de la vida de Jesús comprende aproximadamente dos años, tenemos conciencia de hacer una elección arbitraria. Los Evangelios sinópticos, cuyo cuadro cronológico es muy impreciso, hacen de este período un relato que en rigor puede estar contenido en el lapso de un año, ya que, iniciado a comienzos de la primavera (cfr. la hierba verde de *Marcos* 6/39 y las espigas ya maduras pero no recogidas aún de *Marcos* 2/23), termina en la época de una pascua que podría ser la del año siguiente. Pero nada prohibe alargar esta narración muy discontinua de modo que abarque dos o tres años, tanto más cuando al restringir en algunos días la duración de todos los episodios de la vida de Jesús que se desarrollan en Jerusalén, estos Evangelios terminan por simplificar en forma demasiado acentuada una realidad que en cambio es muy compleja. El cuarto Evangelio, por otra parte, hace mención de tres pascuas sucesivas en el curso del ministerio público de Jesús (2/13; 6/4: 11/55) y por lo tanto atribuye al mismo una duración que supera los dos años.

Las indicaciones cronológicas que se pueden obtener en este Evangelio deben tomarse con suma cautela, dado que las mismas podrían contener en su interpretación un significado ante todo teológico. Pero se puede afirmar razonablemente que Jesús fue más de una vez a Jerusalén, y que era en ocasión de las peregrinaciones que corresponden a las fiestas religiosas, cuando ocurrían estos traslados. Es necesario entonces considerar una duración de la actividad pública de Jesús que dé lugar por lo menos a dos fiestas de pascua, una con la expulsión de los mercaderes, y la otra con su arresto, y a otros meses de actividad en Galilea, anteriores a la primera de estas dos fiestas. Los dos años que hemos indicado representan el cálculo más verosímil.

La vida pública de Jesús fue un perpetuo viajar, aún cuando estos continuos traslados, luego del golpe de mano del Templo, fueron cada vez más apresurados y de alcance más amplio. Primero el profeta de Nazaret se trasladó a Galilea (*Marcos*, 1/39), aún cuando no es posible conocer los detalles. Diversos relatos hablan de su paso por Nazaret, el villorrio de su niñez (*Marcos*, 6/1-6 ss.; *Lucas*, 16/30), por Nain (*Lucas*, 7/11-17), por Caná (*Juan*, 2/1-11; 4/46-54), localidades que se hallan en el interior de esta región. También pasó por Betsaida (*Mateo*, 11/21 ss.; *Marcos*, 8/23; *Lucas*, 9/10), por Corazin (*Mateo*, 11/21) por las aldeas de la llanura de Genezaret (*Marcos*, 6/53 ss.), localidades situadas sobre las riberas del lago Tiberíades al noreste de Galilea; por Dalmanuta (*Marcos*, 8/10) y por Magadan o Magdala (*Mateo*, 15/39), en la misma región. Hizo frecuentes visitas al pequeño puerto de Cafarnaún (actualmente Tell Hum) y aquí parece que tenía a su disposición una casa, tal vez la de Simón Pedro (*Mateo*, 4/13, 8/5, 11/23; *Marcos*, 1/21, 1/29, 2/1, 3/20, 9/33; *Lucas*, 4/23; *Juan*, 2/12, 6/17. 24.59). Es casi seguro que haya establecido allí su morada durante algún tiempo (*Mateo*, 9/1). Parece ser que Jesús halló en esta aldea, entre los pescadores del lago, a muchos de sus más fieles compañeros (*Marcos*, 1/16-20; *Lucas*, 5/1-11) y las multitudes más entusiastas a sus prédicas (*Marcos*, 2/13). Había allí un ambiente más abierto con respecto a la población campesina del centro de Galilea. Los numerosos viajes realizados por Jesús por el lago de Tiberíades o en sus contornos se explican en parte con su afección por este ambiente predilecto (cfr. por ejemplo *Marcos*, 3/7 ss., 4/1, 4/35, 5/21, 6/30 y 6/56, 7/31, 8/10, 13/21). Probablemente, estos misteriosos traslados de una ribera a la otra del lago, y la habilidad con que Jesús aprovecha los mismos para abandonar a todos (*Juan*, 6/15-25) son indicios del período elaborado que siguió a la expulsión de los mercaderes. Por lo tanto, no es necesario distinguir, como hace la mayor parte de los críticos, una fase del ministerio de Jesús desarrollaba en Galilea y otra en Judea. Si comenzó su actividad en Galilea, él no abandonó esta provincia sin la idea de retornar desde que emprendiera al primer viaje a Jerusalén. Hasta poco antes de su arresto, siempre halló en los alrededores del lago Tiberíades los lugares desiertos, las barcas cómplices, las casas amigas y la zona de frontera que lo ponía al reparo de todas las fuerzas policiales. Fue desde aquel lugar que algunas veces se dirigió a los villorrios lejanos de la tetrarquía de Filipo (*Marcos*, 8/27 ss.) o hacia el territorio de ésta o aquella ciudad libre de los confines de Palestina, como Tiro, Sidón (*Marcos*, 7/24-31) y las ciudades de la Decápolis (*Marcos*, 7/31); Cfr. *Marcos*, 5/1 ss.), 30-nas todas en las que las autoridades judaicas y de Galilea podían difícilmente alcanzarlo.

Escasas son las noticias que poseemos acerca de la actividad que desarrollara Jesús en Samaria; sin embargo, las que poseemos nos permiten afirmar que él se limitó a pa-





1

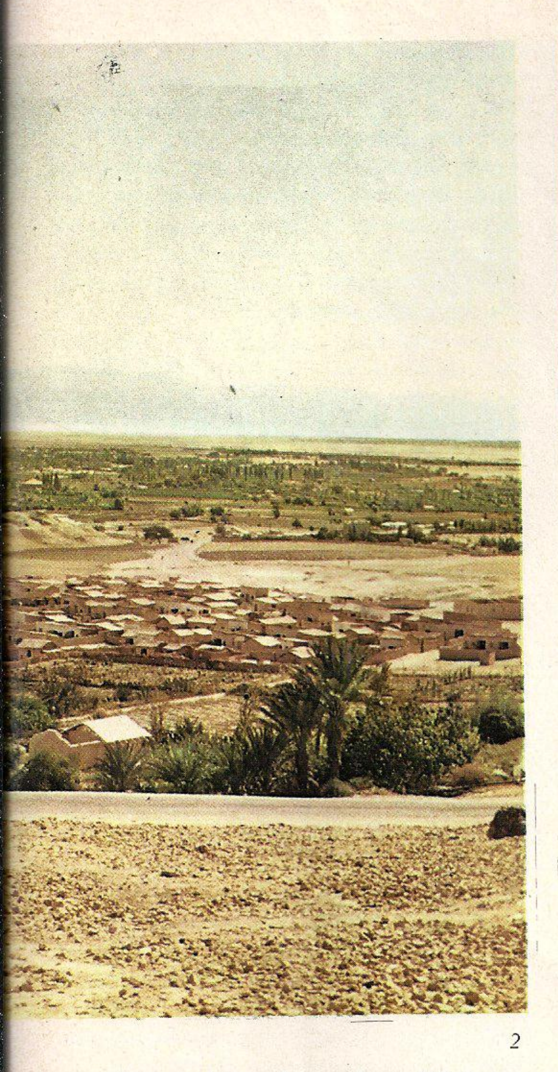
sar por sus villorrios desde Galilea a Jerusalén (*Lucas*, 9/51-56; 17/11) y viceversa (*Juan*, 4/4), aún cuando en estas ocasiones tuvo contactos con los samaritanos (*Juan*, 4/5-43; *Lucas*, 17/12.19). También en cuanto a Perea se puede afirmar que no fue más que un lugar de tránsito en el camino de Jerusalén (*Marcos*, 10/1 ss.); el cuarto Evangelio nos da noticias de una estadía suya en Betania de Perea, en la época en que seguía a Juan Bautista (*Juan*, 3/26; cfr. 1/28) y en el último invierno se refugió en la misma localidad, logrando escapar así a las autoridades de Jerusalén (*Juan*, 10/40; cfr. 11/8.16). La noticia es interesante y merece ser creída.

En Judea, Jesús ejerció su actividad sobre todo en Jerusalén, en el curso de dos visitas que realizara en dos fiestas sucesivas de pascua, y tal vez durante otras visitas en ocasión de otras fiestas, si debemos dar fe a las indicaciones que nos da el cuarto Evangelio (*Juan*, 5/1, 7/14, 10/22). Estas visitas fueron breves, pero a pesar de ello le permitieron a Jesús encontrarse con la gran masa de peregrinos, así como también cumplir los actos decisivos de la expulsión de los mercaderes del Templo y su ingreso solemne en la capital. Parece ser que Jesús, en estas visitas a Jerusalén, eligió como lugar para pasar la noche el Monte de los Olivos, al este del Templo (*Marcos*, 13/3, 14/26; *Lucas*, 21/37, cfr. *Juan* 8/1, *Actas*, 1/12 y la versión eslava de la *Guerra judaica* de Flavio Josefo, 11, 9, 3,); algunos textos permiten también precisar que permaneció en un jardín del lado oeste de aquella colina (*Juan*, 18/1-2), llamado Getsemaní (*Marcos*, 14/32 ss.). Otras localidades de Judea beneficiaron a su vez las ocasionales visitas de Jesús; Betfage, a tres kilómetros al este de Jerusalén sobre la costa sudeste del Monte de los Olivos, villorrio donde Jesús fue recibido por amigos muy íntimos, Simón el leproso o , según Juan, la familia de Lázaro, Marta y María (*Marcos*, 11/1 ss.; 11/11-12; 14/3; *Juan*, 11/1.18; 12/1; cfr. *Lucas*, 10/38 42; 24/50); Jericó, donde hubo de permanecer poco tiempo (*Marcos*, 10/46 ss.; *Lucas*, 19/1); Efraín, que debe identificarse con la Afairema de I *Mac*. 11/34, que por la cercanía del desierto constituyó un lugar de refugio para Jesús durante las últimas semanas de vida (*Juan*, 11/54). Al igual que en Galilea, la actividad de Jesús en Judea se concentró en una zona restringida, que comprende sobre todo Jerusalén y los alrededores inmediatos.

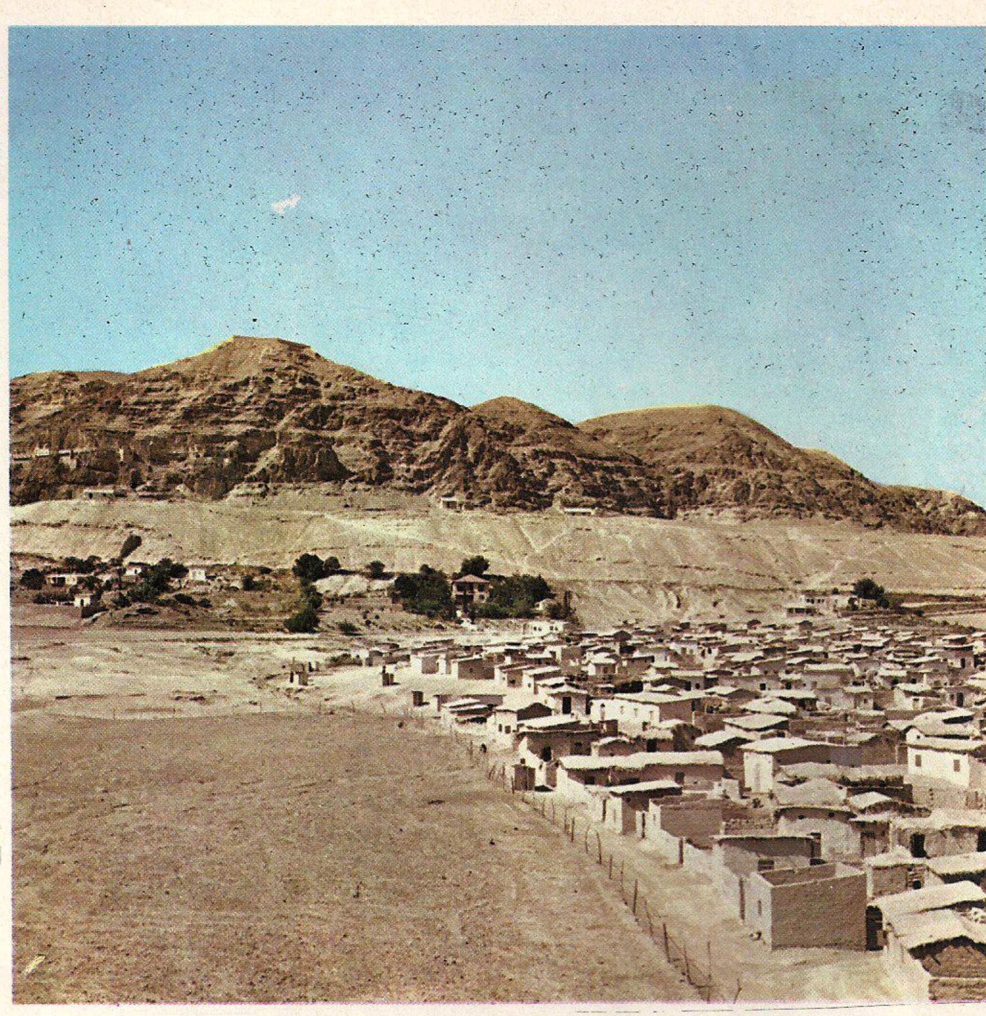
El Evangelio

Si se deja de lado el episodio aislado de la expulsión de los mercaderes del Templo, los cuatro Evangelios canónicos nos presentan a Jesús como a un predicador popular, un taumaturgo excepcional, un brillante conversador y polemista y, en fin, como un gran líder.

El antiguo bautizador que una vez separado del su maestro Juan Bautista emprendió en el año 28 una nueva carrera en Galilea, se hizo conocer primero como predicador popular, si se siguen los Evangelios sinópticos, que respecto a ello deben preferirse al cuarto Evangelio (*Marcos*, 1/14 ss.). Por la forma, esta predicación se asemeja mucho a la "proclamación" en la plaza, por medio de la cual el Bautista movía a la multitud a la penitencia y al bautismo; las masas, atraídas por el vigor de su elocuencia, se agrupaban en torno a él, cosa que ocurría tanto en las ciudades como en las afueras (cfr. por ejemplo *Marcos*, 1/45 y 2/2; 2/13, 3/7 ss.), así como habían acudido a rodear al profeta Juan. Jesús les dirigía un mensaje simple, que se acercaba al del antiguo maestro, desde el momento que invitaba a todos los presentes a la penitencia inmediata, recordándoles la inminencia del encuentro con Dios (*Marcos*, 1/15 ss.). Si se debe creer a Marcos, no seguido por ningún otro en este punto, la predicación de Jesús a las multitudes se asemejaba a la de Juan en el hecho de que en la misma no hablaba más de la inminencia del juicio universal (*Marcos*, 1/4.7-8 ss.), sino que afirmaba la presencia real entre ellos del reino de Dios, "buena nueva" (*evangelion*) que era neecsario creer simplemente y que le brindara a todo aquel que se arrepintiera la perspectiva de una vida nueva. La audacia de este



2



3

mensaje, que integraba en la realidad presente una escatología ya objeto de fe —y no de esperanza, de cálculo o previsión— es tal que los otros dos sinópticos la atenuaron, identificándolo con el del Bautista (*Mateo*, 4/17; cfr. 3/2 y 10/7) o silenciando su contenido (*Lucas*, 4/15). Este aspecto extraordinario del mensaje que Jesús ofrecía, según Marcos, a las multitudes de Galilea, es un indicio de autenticidad que tiene mayor peso que las hesitaciones de numerosos críticos.

A este breve mensaje Jesús agregaba, para su comprensión por parte de la multitud, una enseñanza más variada, que ofrecía tanto en las sinagogas de las diversas localidades que visitaba (*Marcos*, 1/21 ss.; 1/39; *Lucas*, 4/15, 4/16 ss.; 4/31-33; *Juan*, 6/59) como en las calles, dondequiera que se reuniera la gente para escucharlo (*Marcos*, 4/1; 6/34; 12/38). Algunas veces se trataba de un comentario de la Escritura (*Lucas*, 4/16-21), pero que no tenía nada que ver con las sutilezas jurídicas de los escribas judíos con el continuo recurso a la autoridad de éstos (*Marcos*, 1/22); Jesús se revela siempre independiente e innovador, como lo atestiguan, a pesar de los retoques posteriores, algunos pasajes del tipo de aquellos de *Marcos* 7/1 ss., *Marcos*, 10/2 ss., y sobre todo *Mateo*, 5/21-48. El Nazareno no sólo descartaba desdeñosamente la interpretación tradicional de los textos del Antiguo Testamento, sino que directamente rechazaba la validez de algunos mandamientos secundarios (*Marcos*, 10/4-9 ss.). Los simples que se reunían en las calles no debían hallar ningún obstáculo a la obediencia espontánea que el evangelio les proponía (*Mateo*, 23/13).

Las ideas son las mismas aún cuando la enseñanza, para ser mejor comprendida por las multitudes, se reviste de imágenes. Las parábolas no están totalmente destinadas a esta divulgación, y algunas veces voluntariamente se cubren de misterio y enigma, como han revelado no sin una expresa y exagerada satisfacción egoísta los cristianos (*Marcos*, 4/10-12 es una creación de la tradición cristiana o un discurso de Jesús que sufrió profundas deformaciones). Pero algunas parábolas sirvieron a Jesús para dar una enseñanza fácilmente accesible al pueblo (*Marcos*, 4/2; 4/33). Por ejemplo, éste el caso de la parábola del sembrador (*Marcos*, 4/3 ss.), cuya explicación alegórica es evidentemente una interpretación cristiana posterior (*Marcos*, 4/14-20). El significado primitivo de este pequeño relato es la sorpresa ante la milagrosa fertilidad de la buena tierra (*Marcos* 4/9) y la promesa hecha al auditorio del evangelio de que el mismo puede ser aquel suelo fértil y abundar en buenas acciones si cree en lo que se le anuncia.

Aún a la luz de cualquier otra parábola "del Reino" (cfr. en especial *Mateo*, cap. 13) no es fácil ir más allá en la reconstruc-

1. *La sinagoga de Cafarnao* (Mairani).

2. *Panorama de Jericó.*
En el fondo, el Mar Muerto (Mairani).

3. *El monte de la cuarentena, cerca de Jericó, donde habría tenido lugar el ayuno y la tentación de Jesús* (Mairani).

En las páginas 106-107:

1. *Betania* (Mairani).

2. *La basílica de la Agonía.*
En el fondo, más allá del valle de Josafat, Jerusalén (Mairani).

3. *Panorama de Jerusalén* (Mairani).

4. *El camino de Betfage* (Mairani).

ción de la enseñanza dada por Jesús a las multitudes. ¿La afirmación de la presencia del reino de Dios comportaba tal vez poner en cuestión a las autoridades políticas existentes, desde los romanos a los príncipes judíos? Es un asunto muy dudoso, aún cuando se hayan verificado algunos malentendidos luego de la expulsión de los mercaderes del Templo. La respuesta dada por Jesús acerca del pago del impuesto debido a los romanos, pese a no resultar perfectamente clara, permite suponer sin embargo que él no consideraba la sumisión al yugo extranjero como radicalmente incompatible con la obediencia a Dios (*Marcos*, 12/13-17). A lo sumo, esta sumisión significaba para sus sostenedores el riesgo de un apóstrofe *ad hominem* en cuanto a la seriedad de su posición para con Dios. Algunas veces se ha sostenido que Jesús había intentado rechazar el orden existente y que su enseñanza había llamado a las multitudes a una verdadera revolución social. Ello es verdadero en la medida en que sus ataques a los ricos y las promesas a los pobres (cfr. por ejemplo *Marcos*, 10/23 ss.; *Lucas*, 6/20-26; 12/16-21; 16/9-31; *Mateo*, 6/24), la exhortación a renunciar a la riqueza dirigida a algunos ricos (*Marcos*, 10/17 ss.) y una discreta alusión, de discutible autenticidad, a la redistribución de las tierras prevista cada cuarenta y nueve años por el Levítico 25/8-17 (*Lucas*, 4/18-19) constituyen un programa de reforma social: Jesús habló francamente a los ricos, y concibió su misión como una predicación a los pobres (*Mateo*, 11/5). Su gesto contra los mercaderes del Templo, al menos en parte es también un gesto de protección social en favor de los peregrinos explotados. Sin embargo, todo ello es poco para hacer de su enseñanza popular una doctrina social o un mensaje revolucionario en el significado habitual de estos términos.

En realidad, la proclamación de la presencia del reino de Dios y la enseñanza destinada a la mayor comprensión del pueblo, escapan del todo a nuestras categorías de juicio. Partiendo de una prédica de la inminente llegada del fin, Jesús fue conducido a afirmar el carácter presente de este fin y a colocarlo en el encuentro entre sus oyentes y el mensaje que Dios le había encomendado. Con la proclamación de este paradojal mensaje (*Mateo*, 11/7 ss.) comenzaba un nuevo período de la historia de la salvación, el último. Este período se caracterizaba por la libertad de iniciativa existencial que se le ofrecía a cada uno, y no como en el caso de los fariseos, por la reglamentación de la obediencia a Dios que excluía siempre a la gente simple del pueblo elegido. Pero esta libertad, para que no se transformara en anarquía, postulaba la existencia de un jefe y de un guía capaz de mantener a todos en el justo camino. Este hombre es Jesús mismo que, como autoridad suprema de la era escatológica, tiene el derecho de atribuirse el título de Hijo del Hombre en el significado que Daniel 7/13-14 da a este término (*Marcos*, 2/10; 2/28; *Marcos*, 8/31; *Mateo*, 8/20, etc.). A pesar de que algunos pasajes en los que se emplea aquel título en los Evangelios son casi seguramente creaciones posteriores, el Nazareno se arrogó públicamente este título, lo que supone de parte suya un concepto extraordinario de su misión. Sus oyentes jamás hicieron uso de aquel título para indicarlo, ya que el mismo sólo se emplea en los Evangelios por boca de Jesús y no figura entre las definiciones que la multitud le atribuía (*Marcos*, 8/27-28).

El hecho es que una "conciencia mesiánica" tan fuera de lo común no podía ser integrada en las categorías corrientes del mesianismo de aquella época. Y ésta es otra prueba de su autenticidad.

Los "milagros"

Los cuatro Evangelios canónicos nos presentan a Jesús, desde el comienzo de su carrera pública, como autor de milagros y como predicador. Acerca de tales argumentos el biógrafo del profeta de Nazaret se halla frente a un problema delicado ya que lo sobrenatural repugna a nuestra concepción del mundo. Pero debe resistir tanto la fascinación de un cierto número de soluciones simplistas, como las que consistirían en la reconstrucción en términos puramente racionales de cada uno de estos episodios, comprendidos también el de la multiplicación de los panes y la tempestad sedada, así como también a la eliminación total, en la presentación que hace de la vida de Jesús, de todos los relatos de los milagros, considerándolos invenciones posteriores. Es cierto que Jesús, a los ojos de sus contemporáneos, pasó como un taumaturgo y que él mismo se consideró tal, y que estos dos hechos tuvieron un peso decisivo en la dirección que tomara su vida. El Evangelio de Marcos sugiere que fue por defender su derecho a predicador (*Marcos*, 1/23-28) y por la piedad para con aquellos que le pedían ayuda (1/29-34.40-44) que el profeta de Nazaret comenzó a curar a los enfermos con un sorprendente éxito. Igualmente fue la piedad la que lo movió a realizar prodigios tales como calmar la tempestad (*Marcos*, 4/35-41) o distribuir milagrosamente el alimento (*Marcos*, 6/34-44; 8/1-9). Sin que se pueda afirmar la total autenticidad de estas noticias, sin embargo es posible hallar datos preciosos: en Jesús, el curador sigue al predicador; si se lanza a la lucha contra las enfermedades, comprendida la enfermedad mental, ello sucede siempre luego de la presión de los otros y no por gusto personal; él se rehusa a ceder del todo al entusiasmo ilimitado de la multitud (*Marcos*, 1/35 ss.). Estas indicaciones deben aceptarse completamente, aún cuando Marcos agrega detalles apologéticos. La actividad taumatúrgica de Jesús había suscitado de hecho la acusación de magia (*Marcos*, 3/22), que la iglesia de Jerusalén bien pronto trató de rechazar (*Mateo* 4/1-11). Por esta razón aquella iglesia no había aceptado en la propia enseñanza más que unos pocos relatos de milagros que se prestaran especialmente a las implicaciones doctrinarias (*Marcos*, 2/1-10; 3/1-6; *Mateo*, 8/5-13, etc.). El recuerdo de las otras curaciones y prodigios operados por Jesús había sido abandonado a los cantores populares de Galilea y de las regiones limítrofes, hasta el día en que el autor del Evangelio según Marcos los hizo suyos. Este es el origen de la extrema simplicidad y del acentuado realismo de los relatos de los milagros contenidos en este Evangelio, ingenuidad y realismo que no volvemos a hallar, en la misma medida, en los otros tres Evangelios, en los que se evidencia en cambio la interpretación simbólica o edificante. Los relatos de los milagros que hace Marcos son por lo tanto, documentos buenos y mediocres al mismo tiempo de la actividad taumatúrgica de Jesús. Evidentemente, no nos permiten conocer con exactitud qué ocurrió en cada situación, pero nos dan la absoluta seguridad de que Jesús se comportó voluntariamente como curador y exorcista y recurrió a las técnicas terapéuticas contemporáneas: toques de la mano, saliva, palabras misteriosas, etc. (cfr. en especial *Marcos*, 7/32-37 y 8/22-26). Estos relatos no dejan ninguna duda, ni siquiera acerca de la gran reputación de eficacia y de bondad que el Nazareno había conquistado con sus intervenciones: los prodigios atribuidos a Jesús aparecen más como la prolongación de sus actividades de curador que como las acciones arbitrarias de un mago. Por lo tanto, será necesario no ver en los mismos sólo las invenciones puras y simples: Jesús estaba incontestablemente dotado de dotes especiales que le permitieron ciertamente, en algunas ocasiones, cumplir actos inexplicables a los ojos de sus compañeros o de la multitud. Acusado de magia por los ambientes intelectuales judíos, pero elevado hasta el cielo por la *vox populi*, el taumaturgo de Nazaret, sobre este problema como en materia de predicación, había optado resueltamente por la acción sobre las masas, sin preocuparse demasiado por las reacciones de la élite religiosa de su pueblo. Era también el camino elegido por un buen número de aquellos que Flavio Josefo denomina "impostores" (*goetes*) y que, de tiempo en tiempo, en esa misma época, arrastraban a multitudes numerosas en aventuras mesiánicas que generalmente terminaban bastante mal para sus partidarios. Es entonces probable que los relatos evangélicos que nos muestran a la multitud que aclama al taumaturgo de Nazaret como a un Mesías (*Marcos*, 2/12; 7/37; 11/1-10; *Juan*, 2/23; 4/45; 6/14) correspondan exactamente a los he-

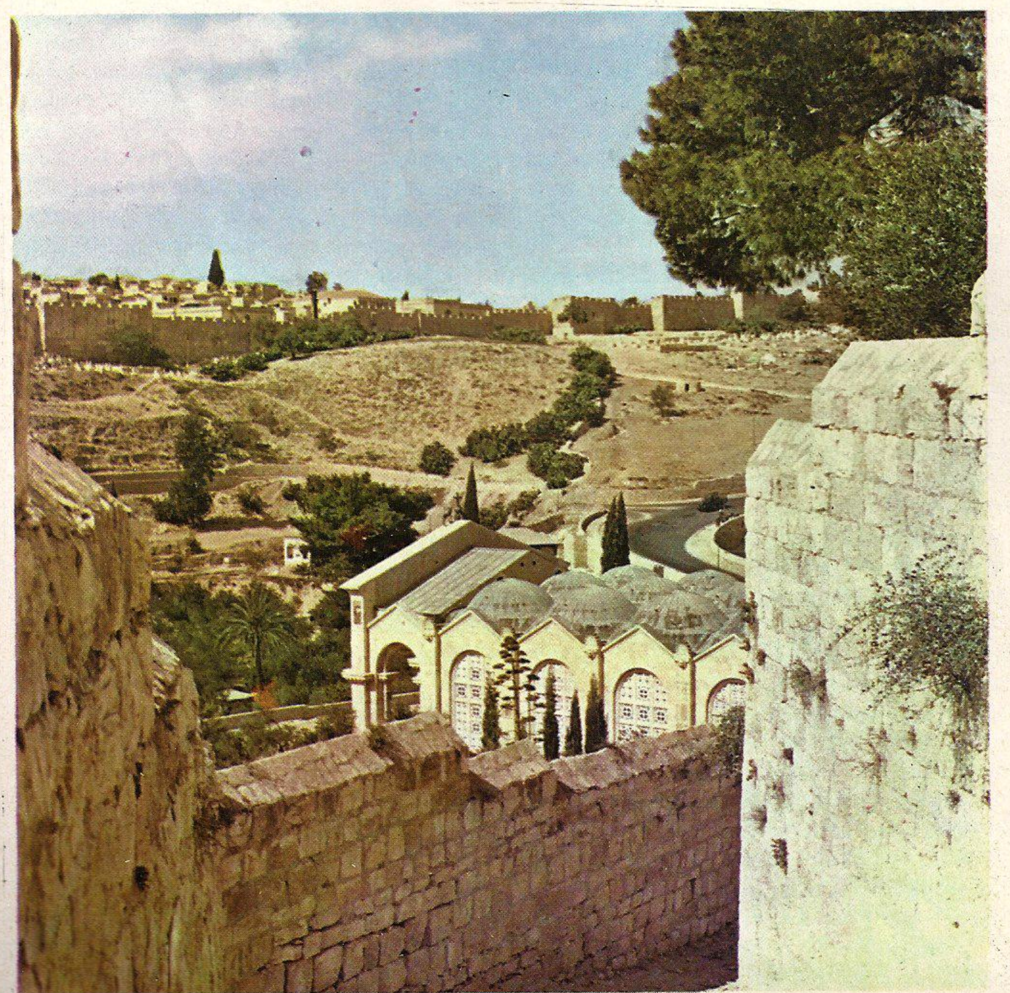
chos. Pero lo que distingue a Jesús de los otros pretendientes mesiánicos es el hecho de que él se preocupa por evitarle a la multitud que lo rodea las pruebas que deberían aceptar aquellos que desearan seguir literalmente las huellas de su héroe. En lugar de tratar de arrastrar a las masas al desierto, él los despide y los aleja (*Marcos*, 1/35-38; 4/35-36; 6/31-34-35; 8/9; *Juan*, 6/15). Lejos de alentar la difusión de la idea de que él era el Mesías, la prohíbe (*Marcos*, 8/30), vistas las iniciativas aventureras que ello podría suscitar por parte de la multitud. Si acepta la organización de una manifestación mesiánica en ocasión de una de sus entradas en Jerusalén (*Marcos*, 11/1-11), de ninguna manera excita el entusiasmo popular, evitando así el peligro de un encuentro con las fuerzas comunes. En resumen, Jesús orientó su acción hacia el pueblo sin hacerle correr riesgo grave.

Los interlocutores
Sería equivocado ver en Jesús sólo al profeta y al curador del pueblo. También es necesario tener en cuenta otro aspecto de su obra: las continuas relaciones que mantuvo con el ambiente pudiente de las regiones que visitaba. Las escenas que ocurren en la mesa de personalidades más o menos ricas son bastante numerosas en los cuatro Evangelios, y a menudo implican una enseñanza dirigida hacia los huéspedes de Jesús (*Marcos*, 2/15-17; 14/3-9; *Lucas*, 7/36-50; 10/38-42; 14/1 ss.; 19/1-10; *Juan*, 2/1-11; 12/1-8). Otros pasajes revelan que Jesús no rechazaba jamás una buena comida, y aceptaba las que se le ofrecían (*Marcos*, 2/18-19; *Mateo*, 11/16-19). Ya fuera bueno o desagradable el clima en estas ocasiones, de todos modos la conversación no languidecía jamás. Según parece, Jesús descollaba en estas conversaciones en la mesa y se han conservado algunos discursos suyos dirigidos especialmente al público selecto con el que se hallaba en contacto. Muchas palabras del Evangelio tuvieron justamente este origen, lo que explica la gran dificultad que se encuentra cuando se desea hallar el significado primitivo de las mismas. En efecto, la transmisión de las mismas ocurrió un poco al azar, y la intención de Jesús cuando las decía debía ser algunas veces más sutil; se trataba de enseñar, de dar advertencias o de interesar discretamente a quien escuchaba, sin aburrirlo.
Algunos de los huéspedes pudientes de Jesús eran personas a las que los judíos de estricta observancia tenían un poco apartados, es decir, "publicanos y pecadores" (*Marcos*, 2/16 ss.; *Mateo*, 11/19). Con la frecuentación de ellos, Jesús se apartaba notablemente del comportamiento de los fariseos, que eran muy severos con estos personajes poco recomendables (cfr. *Lucas*, 18/14), y de las reglas de pureza ritual de las que ellos eran ardientes promotores (*Marcos*, 7/1-23). No era el hecho que Jesús tuviera una indulgencia especial por esta gente mantenida al margen; invitaba también a ellos a una penitencia radical y a una nueva vida, pero les anunciaba a estos exclusos que la gracia divina se les ofrecía tanto a ellos como a los otros judíos.
Es necesario señalar que Jesús sólo tuvo relaciones ocasionales con los paganos, y por lo que parece, ni siquiera se planteó el problema general del acceso de los no judíos a la salvación; se limitó a asumir una posición muy liberal cuando se le presentaban casos particulares (*Marcos*, 7/24-30; *Mateo*, 8/15-13). Algunas veces los huéspedes de Jesús fueron los mismos fariseos, lo que basta para disipar el mito de una profunda hostilidad que Jesús habría tenido para con ellos, mito que surgiera del conflicto que ha opuesto a cristianos y a fariseos luego del 70. El Nazareno dirigió urgentes llamados a estos miembros de la élite religiosa judaica. Un buen número de parábolas parecen haber estado destinadas a obtener una rápida adhesión por parte de ellos en favor del "evangelio". Más allá de las severas denuncias del Evangelio según Mateo (en especial el capítulo 23), hallamos mucha más estima y simpatía de lo que se puede creer, pero también la convicción que Jesús mostraba, siguiendo en ello a su maestro Juan Bautista, del carácter chocante de cualquier concepción de la ley que arrojara fuera de la comunión del pueblo hebraico a una gran parte del pueblo. Junto a los fariseos, Jesús encontró con una cierta frecuencia a los "doctores de la ley" o "escribas", es decir, a los representantes de la categoría de juristas teólogos que dominará al judaísmo después del 70 y que en gran parte se reclutaba entre los fariseos. Frente a estos expertos de la Escritura y de la discusión docta, algunas veces era aún posible el recurso de la parábola (*Lucas*, 10/25-27), pero más de una vez necesitó recurrir a las armas de la retórica y de la polémica personal, en las que parece ser que Jesús descollaba en igual medida. En los Evangelios sinópticos tenemos un buen número de relatos de controversias, que describen discusiones vivaces en las que el profeta de Nazaret compensa la falta de formación rabínica con una agilidad mental que desconcierta (cfr. en especial *Marcos*, 2/1 y 3/6, 11/27 y 12/37). La mayor parte de estos relatos nos permite conocer en una forma estilizada las discusiones que tuvieron lugar cuando Jesús estaba vivo aún. Él se esforzaba siempre por demostrar las debilidades de la exégesis tradicional, por denunciar la mala fe de sus adversarios y por evidenciar la radical novedad de la situación creada con la irrupción del reino de Dios en el mundo. Es así que Jesús fue inducido a modificar el concepto que se poseía del sábado (*Marcos*, 2/23 y 3/6) y del culto con sacrificios (*Marcos*, 12/28-34), sin hablar de las observaciones menores. Se hallaron rabinos judíos que sostenían tesis análogas en la misma época. Pero sólo en Jesús las audacias legales están estrechamente unidas a una nueva concepción del fin de los tiempos.

Los discípulos
Hasta ahora hemos hablado de Jesús como de un personaje solitario. Pero los Evangelios canónicos concuerdan en afirmar que Él reclutó y formó un número de hombres que se convirtieron en sus compañeros, y no hay razón valedera para poner en duda esta aserción. Es cierto que los relatos que nos refieren la vocación de muchos de estos están reducidos a lo esencial y son altamente estilizados (*Marcos*, 1/16-20; *Lucas*, 5/1-11; *Marcos*, 2/14 ss.; *Juan*, 1/35-51). Por lo tanto, podemos comprobar que Jesús bien pronto comenzó a reclutar compañeros, hallados tanto entre los que rodeaban a Juan Bautista como en las márgenes del lago Tiberíades. Estos hombres, casi todos de Galilea, (cfr. *Marcos*, 14/70, *Actas*, 1/11; 2/7) y entre los cuales se contaban muchos pescadores del lago (cfr. también *Juan*, 21/1-14), casi con seguridad no fueron apartados desde el comienzo de sus vidas profesionales y familiares (*Marcos*, 1/29-31). Pero a partir de un cierto momento, cuando Jesús fue buscado por las autoridades, ellos hicieron sacrificios inmensos para permanecerle fieles (*Marcos*, 8/34 ss.; 10/28-30), sin por ello poder pretender privilegios particulares (*Marcos*, 10/31; 10/35-45). El número de los discípulos seguramente varió según las épocas (cfr. *Juan*, 6/66 ss.) y la indicación que a este respecto proporcionan las *Actas* no puede ser aplicada al período anterior a la crucifixión más que a título de aproximación hipotética (*Actas*, 1/15), pero se formó un grupo de doce discípulos que tal vez se debía más a una serie numerosa de deserciones (*Lucas*, 22/28; *Juan*, 6/66-67) que a la libre selección realizada por Jesús (*Marcos*, 3/13 ss.). Las razones que se han hecho valer para refutar la existencia de un grupo tal cuando Jesús estaba aún vivo, son muy débiles. Al representar a las doce tribus de Israel, los Doce actualizaban con su presencia el juicio universal, así como lo hacía por su parte el Hijo del Hombre (*Mateo*, 19/28). Pero éste era un indicio paradojal, que se realizaba con el rechazo de toda dominación y el humilde servicio ofrecido a todos (*Marcos*, 10/42-45).
Era lanzándose de a dos a la misión itinerante, que comportaba la predicación del Evangelio y la curación de los enfermos, que los Doce cumplían su función escatológica (*Marcos*, 6/7-13). Es probable que lo hayan hecho en diversas oportunidades durante las vicisitudes terrenas de Jesús, y que los Evangelios sinópticos hayan sim-



1



2

plificado una realidad compleja, sintetizándola en un solo relato, si se exceptúa el pasaje que *Lucas* dedica (10/1-20) a la misión de los setenta y dos discípulos, escena que tiene toda la apariencia de una leyenda. Ello le valió aquella celebridad que ha hecho que sus nombres fueron conservados por la tradición, con algunas variantes que sin embargo muestran que alguno de ellos no obtuvieron el renombre individual (*Marcos*, 3/16-19; *Actas*, 1/13). Pero, como oportunamente observara el Evangelio segundo (*Marcos*, 3/14), la tarea de los Doce no era tan sólo misionera. Ellos también debían acompañar a Jesús, para servirlo y al mismo tiempo para recibir instrucción. Desde este punto de vista, eran más o menos como los discípulos de los rabinos de aquella época. Como ellos, recibieron de su Maestro una enseñanza que debían aprender a la perfección. Es decir, que todas aquellas palabras de los Evangelios sinópticos que llevan el sello de una forma memotécnica (paralelismo, repeticiones, etcétera) con mucha probabilidad tienen su origen en estas "lecciones" que Jesús daba a aquellos que lo rodeaban. Una enseñanza impartida de esta manera debía comportar sobre todo oraciones aisladas o puestas en una concatenación más o menos larga, del tipo de las que hallamos por ejemplo en *Marcos*, 9/33-50. El primer objetivo era el de formar predicadores capaces de presentar el Evangelio en los mismos términos empleados por el Maestro, y no dejarse jamás intimidar o distraer. Servía también para organizar la vida común del grupo recogido en torno a Jesús, y del cual los Doce constituían el nudo central. El discurso de *Lucas*, 6/20-49 es sin duda el que nos da una imagen más fiel, mientras el Sermón de la Montaña (*Mateo*, de 5 a 7) o el discurso del que nos informa también *Mateo*, 18, sufrieron profundamente la influencia de la catequesis cristiana posterior. De los mismos se desprende una moral de una simplicidad y de un vigor que les aseguran la inmortalidad y explican la extraordinaria influencia que Jesús ejerciera sobre sus compañeros. Entre los Doce, tres son especialmente íntimos del Maestro, y a ellos Jesús les dio en varias oportunidades sobrenombres cuyo exacto significado se nos escapa, pero que sin duda se refieren a las tareas que se les había asignado y al modo en que lograban cumplirlas. Dos de estos discípulos eran hermanos: Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo. A ellos se les dio un sobrenombre común, el de *Boanerges* (*Marcos*, 3/17), que el evangelista traduce como "hijos del trueno", pero cuya etimología y significado preciso son aún misteriosos, si bien se concuerda en ver una alusión a la inclinación que estos discípulos mostraban a la cólera y al autoritarismo (cfr. *Lucas*, 9/51-56; *Marcos*, 10/35 ss.). El tercer portador de un sobrenombre dado por Jesús es Simón Bar-Jona, al que se le atri-

3

4

buyera el nombre de Pedro, en arameo Cefa y en griego Petros (*Marcos*, 3/16, *Mateo*, 16/18; *Juan*, 1/42). La explicación más convincente de su nombre parece ser la metáfora de la construcción: Pedro está encargado de servir de fundamento al edificio al cual Jesús compara su "asamblea" (*ecclesia: Mateo*, 16/18).
Violentas polémicas surgieron acerca de este versículo, que muchos indican como la prueba de la fundación de la Iglesia por Jesús y otros interpretan como la base histórica del primado de Pedro. Numerosos críticos rechazan el pasaje como falso, remitiéndose al hecho de que en los otros Evangelios no existe nada similar. Es difícil compartir la opinión de éstos, porque a falta de un paralelo preciso, en otros textos Jesús atribuye un lugar aparte a Simón Pedro en el grupo de los discípulos (*Lucas*, 22/31-32; cfr. *Juan*, 21/15-19), sin hablar luego de otros pasajes en los que Pedro es el portavoz y el animador de sus compañeros (por ejemplo, *Marcos*, 8/27-33). Pero *ecclesia* no significa aquí iglesia, como se admite; simplemente, la palabra designa al pueblo reunido al llamado del mensajero de Dios, como Israel en el templo del éxodo y de la permanencia en el desierto. Pedro, por su fe y su actividad misionera, es la base de la gran reunión del pueblo que Jesús prepara. Sólo más tarde la idea de un pueblo nuevo, de una iglesia distinta de la nación hebraica, se impondrá a los lectores de esta palabra y se verá en la misma la alusión a la fundación del cristianismo.

Arresto, proceso y ejecución de Jesús

Luego de dos años de agitada vida pública, el profeta de Nazaret fue arrestado y ajusticiado en Jerusalén. Los cuatro Evangelios canónicos nos dan un relato detallado de los días en que ocurrió este trágico epílogo, relato que, por otra parte, deja sin respuesta muchos problemas de variada índole.
El primer problema es el del modo en que Jesús fue al encuentro de este desastre que puso fin a su ministerio en las peores condiciones. El cuarto Evangelio describe un cuadro impresionante de un Jesús que preveía desde el comienzo su crucifixión (2/18-21; 3/14-15, etcétera) y que donará su vida voluntariamente, con lucidez absoluta (10/18; 12/27-28, etcétera). Todos concuerdan en que en este punto, el teólogo prevaleció sobre el historiador en Juan. Por su parte, los Evangelios sinópticos atribuyen a Jesús, en la segunda mitad de la vida pública, diversas predicciones sobre sus sufrimientos y sobre su condena a muerte (*Marcos*, 8/31; 9/31; 10/32-34; 10/45; 15/18 ss.). Sin embargo, el Maestro de estos Evangelios no muestra la misma absoluta impasibilidad que el de *Juan*, él es inducido a aceptar su cruel suerte sólo al fin de una dramática lucha interior, pocas horas antes de su arresto (*Marcos*, 14/32-42). Es débil el valor histórico de estas indicaciones, ya que la influencia de la reflexión teológica y de la piedad cristiana se revela abiertamente en estos diferentes relatos. Pero sería excesivo negar que Jesús haya aceptado anticipadamente la muerte por la causa que predicaba, y que por poco, en el momento del sacrificio, no escapó a su destino. Estas dos posiciones no tienen nada de inverosímil, aun cuando no podamos integrarlas en el cuadro de la evolución psicológica del Nazareno. Entonces, podemos descartar la tesis según la cual Jesús fue sorprendido por su arresto y su condena.
El segundo problema, que los Evangelios dejan sin una respuesta clara, se refiere a la naturaleza jurídica exacta del proceso a Jesús. Resulta claro que los redactores de la Pasión no poseían ningún conocimiento jurídico preciso, y no se interesaban en este problema sino desde el punto de vista apologético, con el deseo de demostrar la inocencia de Jesús y el carácter arbitrario de su condena. Además, parece ser que nos hallamos frente a dos procesos, uno luego de otro, cosa sorprendente dado que no se trata de un recurso de apelación: el primera ante el sinedrio de Jerusalén, el segundo ante el procurador romano, sin hablar luego de las compariciones ante Herodes Antipas (*Lucas*, 23/6-12), que podemos considerar legendarias. Sin desear entrar en cuestiones difíciles, decimos que, según la mayor parte de los críticos, ante el sinedrio no hubo un verdadero proceso, sino sólo un interrogatorio por parte del Sumo Sacerdote y de su consejo, al prisionero que se aprestaban a pasar a las autoridades romanas. Sólo, el procurador Poncio Pilato juzgó a Jesús, lo que permite suponer que este último era acusado de perturbar seriamente el orden público. Las autoridades judaicas intervinieron como acusadoras en el proceso, que concluyó con una condena a la crucifixión, suplicio romano ejecutado por soldados romanos. Éste es el cuadro que presenta el cuarto Evangelio, que en este punto es más fiel a la realidad histórica que los otros Evangelios.
Sobre el tercer punto, la aparente claridad de los Evangelios se torna sospechosa por la contradicción que resulta también aquí entre Juan y los sinópticos: se trata de la cronología de los sucesos de la Pasión. ¿Jesús murió el 14 de Nisan, en la vigilia de la Pascua de los hebreos, como afirma el cuarto Evangelio, o el 15, primer día de la fiesta? ¿Fue arrestado, interrogado, maltratado, crucificado y sepultado en el giro de doce horas, como afirma con especial seguridad el Evangelio de Marcos? ¿La última cena de Jesús con los discípulos, fue una cena de Pascua, como afirman los sinópticos, pero no el Evangelio de Juan? En el caso afirmativo, ¿se celebró en la vigilia de la crucifixión, como lo pone el calendario corriente, o tres días antes, como lo sugeriría el calendario arcaico que seguían los esenos y otros grupos diversos? La única cosa cierta es que Jesús murió un viernes que era tal vez, en aquel año, el primer día de la fiesta judía, es decir, muy probablemente el 7 de abril del 30. El resto permanece rodeado de misterio y se halla en el centro de discusiones entre los especialistas, pero tal vez se puede afirmar que muchos argumentos juegan en favor de la tesis de que pasó un cierto intervalo, dos o tres días, entre el arresto de Jesús por parte de los guardias judaicos y su ejecución por parte de los soldados romanos; las doce horas de Marcos, en, efecto, tienen toda la apariencia de una construcción artificial de redacción (cfr. *Marcos*, 15/1-25.33, 35.42); no fueron tomadas por los otros evangelistas, e imponen a los sucesos un ritmo increiblemente rápido.

Como quiera que hayan sido las cosas, la pasión de Jesús fue breve. A poco de llegar a Jerusalén para la Pascua, Jesús se sintió amenazado y reveló a los discípulos, en el curso de un almuerzo solemne, la certeza de que moriría (*Marcos*, 14/17-25). Judas, uno de los Doce, por razones que ignoramos, aceptó facilitar a las autoridades judías el arresto de su Maestro durante la noche, para evitar cualquier revuelta popular. Gracias a él, la operación pudo efectuarse sin seria resistencia por parte de los otros discípulos, que se desbandaron luego de un encuentro insignificante, que no provocó más que un herido leve (*Marcos*, 14/43-52). El Sumo Sacerdote y algún otro dignatario hebreo interrogaron a Jesús con insistencia, tal vez con la esperanza de hallar algo que justificara un proceso a muerte ante el sinedrio, cuya sentencia hubiera sido segura, tantos eran los enemigos que Jesús se había ganado entre los cuadros oficiales del judaísmo. Todo fue vano, Jesús no pudo ser acusado de ser blasfemo, ni de ser sacrílego, y logró salvar todos los escollos de las preguntas. Fue necesario resignarse a recurrir al procurador, dando al proceso una apariencia política. Entonces Jesús fue acusado frente a Pilato de haber aspirado a reinar sobre el pueblo judío (*Marcos*, 15/1-5). Parece ser que el procurador tuvo algunas dudas acerca de condenar a un hombre que no parecía muy peligroso, si bien era muy popular. Según los evangelistas, él habría consentido liberarlo, y sólo frente a la presión de una multitud excitada por los dirigentes judíos se habría sentido obligado a emitir su sentencia (*Marcos*, 15/6-15); tal vez la tradición cristiana exageró todas estas hesitaciones, dado que Pilato era famoso por su carácter violento y autoritario. El condenado fue golpeado por los guardias, como se hacía habitualmente, y llevado al suplicio en estado piadoso, sobre la colina de Gólgota, justamente fuera de los muros, al

noroeste de la ciudad, casi seguramente en el punto indicado por la tradición.
El suplicio de la cruz, entonces en uso por los romanos, especialmente para castigar a los esclavos, era de una crueldad despiadada. El condenado, cuyo peso gravaba totalmente sobre los brazos extendidos y fijados a la viga horizontal, permanecía horas y horas hasta que moría de síncope o por cualquier otra causa que lo liberaba del sufrimiento y de la humillación. Jesús, crucificado en compañía de dos ladrones que no tenían ningún otro vínculo con él salvo la coincidencia del arresto en el mismo día, estuvo en agonía en aquel modo horrible bajo un *titulus* que lo designaba irónicamente como rey de los judíos (*Marcos*, 15/26). Se comprende cómo los cristianos de los primeros siglos, conscientes del horror de esta escena, tuvieron el buen gusto de no representarla. La agonía de Jesús no fue para él ocasión de orar una vez más; las breves palabras que los evangelistas le atribuyen (*Marcos*, 15/34; *Lucas*, 23/43.46; *Juan*, 19/26.28.30) son, sin duda, la traducción de algún grito apenas articulado. Afortunadamente, la muerte no tardó en llegar: todo había terminado antes del fin de la jornada (*Marcos*, 15/34-37).
La escena del sepelio del cadáver por parte de José de Arimatea, notable judío que simpatizaba con la enseñanza de Jesús (*Marcos*, 15/42-47) presenta aspectos legendarios. Pero no hay motivos para poner en duda la realidad del suceso, aun si se renuncia a conocer los detalles. Es un pequeño hecho que revela la gran simpatía que Jesús había conquistado. La localidad indicada por la tradición como sede de la tumba de Jesús es ciertamente exacta, como también el Gólgota.

Victoria sobre la muerte

Una de las particularidades de la biografía de Jesús, es que no se la puede terminar al fin del relato de su sepelio. Sin embargo, si una falla puede parecer irremediable, es justamente ésta. Desaparecido Jesús, no sólo su predicación y sus actividades se habían detenido, sino también se habían desacreditado: ¿cómo creer todavía en la presencia del Reino de Dios en esta buena nueva desmentida por los hechos? Jesús no dejaba ninguna obra escrita; los discípulos, que conocían de memoria su enseñanza, habían huido, dispersos y aterrorizados; su madre y sus hermanos no lo habían seguido, y no podían recoger la antorcha.
No obstante estas circunstancias desfavorables, los sucesos tomaron bien pronto un giro más alentador. Los cuatro Evangelios canónicos relatan cómo, a menos de dos días después del sepelio, su tumba fue hallada vacía por algunas mujeres que lo habían seguido cuando aún estaba vivo (*Marcos*, 18/1-8). Así como para el relato del sepelio, en estos pasajes, también en el de Marcos, que es el más sobrio, hallamos detalles evidentemente legendarios, como la presencia de un ángel en la tumba. ¿Pero, es ésta una razón suficiente para poner en duda el descubrimiento de las mujeres? La sobriedad de la narración es tal, tan evidente su redacción antigua, que es necesario responder negativamente. Por otra parte, la misma polémica judaica partió de este descubrimiento, en vez de negarlo, como habría sido fácil hacer (*Mateo*, 28/11-15). Creemos, entonces, que el historiador debe registrar esta desaparición del cadáver de Jesús y confesar que no posee la clave de este misterio, aun cuando piense en ésta o en aquella explicación racional o milagrosa. El historiador revelará igualmente el hecho que los primeros cristianos vieron en esta misteriosa desaparición, no una prueba de la resurrección de Cristo, sino un signo en honor de las mujeres, a las que no les fue acordada ninguna aparición.
Para sus discípulos, la verdadera prueba de que Jesús había triunfado sobre la muerte fue la serie imponente de apariciones del Resurrecto, con las que fueron gratificados luego de la crucifixión. La lista de estas cristofanías bien pronto formó parte de la enseñanza de la Iglesia de Jerusalén (cfr. I *Cor.*, 15/3-8). Casi ciertamente, al comienzo existían dos listas contrapuestas, una que comenzaba con la aparición a Cefa (Pedro) y la otra encabezada por la aparición a Jacobo, hermano del Señor. Es la prueba de que las apariciones de Cristo no son el resultado de una colaboración colectiva de más personas que vivían en estrecha relación entre sí, ya que Jacobo se acercó a los discípulos sólo después. Pero es bien difícil estudiar este extraño fenómeno, ya que los relatos de apariciones del Resurrecto son todas, aun en los Evangelios canónicos, leyendas posteriores de las que es imposible obtener el mínimo detalle histórico, más allá del hecho puro y simple establecido por la lista de I *Cor.*, 15; sabemos que no existe ninguno en *Marcos*, el más antiguo de los Evangelios; los de *Mateo* (29/9-10.16-20) no contienen ninguna indicación concreta; los de *Lucas* (24/13-49 y de *Juan* (20/11 a (21/23) son puramente legendarios. En la imposibilidad de hacer otra cosa, se admitirá entonces que entre los discípulos se verificó un inesperado fenómeno psicológico y, según las propias preferencias personales, se excluirá o no la posibilidad de una causa sobrenatural.
Ya convencidos de que Jesús estaba vivo y que trascendía las categorías naturales, los discípulos buscaron en la Escritura la confirmación del sufrimiento y de la resurrección prometidas al Mesías, y las hallaron en especial en diversos salmos y en muchos profetas. Así, Dios no había abandonado al Mesías, pero había cumplido el propio designio al hacerlo pasar a través de la muerte. Entonces, la predicación y la actividad de Jesús merecían ser retomadas por los discípulos, que se reunieron para organizarse mejor. Esta unión tuvo bien pronto un efecto positivo y se pudo considerar, aun donde no se verifican los fenómenos de éxtasis como entre los cristianos de Jerusalén, que Dios había hecho la entrega de su Espíritu a la comunidad (cfr. *Actas*, 2). Surgió así la Iglesia cristiana, cuyo objetivo era darle al Resurrecto los instrumentos humanos que le habrían permitido continuar anunciando la presencia del Reino de Dios.
No entra en nuestro plan la exposición detallada del modo en que el objetivo fuera alcanzado. Sin embargo, algunos aspectos de la vida de la Iglesia palestina merecen ser examinados, ya que proyectan una cierta luz sobre la actividad de Jesús, dada la estrecha relación entre esta Iglesia y el grupo que había colaborado con Jesús cuando éste estaba vivo. Los primeros capítulos del libro de las *Actas* nos describen la vida casi ideal de la entera Iglesia de Jerusalén, en el seno de la cual se habían reunido, bajo la dirección de los Doce, todos aquellos que habían seguido a Jesús estando vivo, aun la madre y los hermanos del Nazareno. No hay ninguna razón para poner en duda este cuadro idílico, sino para lo que concierne a la participación desde el comienzo de todos los discípulos y hermanos de Jesús.
Contrariamente a lo que afirman el Evangelio de Lucas y el libro de las *Actas*, las apariciones del Resurrecto ocurrieron sobre todo en Galilea, en diversos puntos. Fue necesario que pasara el tiempo antes de que aquellos discípulos que se habían refugiado en Galilea se decidieran a retornar a Jerusalén; éste es el caso de Jacobo, hermano del Señor, y del resto de la familia de este último, para la cual ello significaba un vínculo completamente nuevo con una causa hasta entonces despreciada. No podemos decir que haya existido una verdadera Iglesia en Galilea contrapuesta a la Iglesia de Jerusalén, sino sólo que los cristianos de Galilea se reconciliaron lentamente con esta última. Por otra parte, la crisis provocada en la Iglesia de Jerusalén por las reivindicaciones de los "helenistas" (*Actas*, 6) fue sin duda más grave y menos tardía de lo que afirman las Actas. Es preciso situarla en los primeros meses de la existencia de la Iglesia de la capital: la violenta hostilidad de los helenistas para con el Templo (*Actas*, 7/44-53) hacía imposible la cohabitación y movió fatalmente a las autoridades judaicas a tratar con rigor a este grupo dinámico.
Constituida con una cierta lentitud, bien pronto liberada de los comprometedores helenistas, la primitiva Iglesia de Jerusalén logró, por lo tanto, recoger por algunos años a la mayor parte de los discípulos de Jesús, a los que se agregaron numerosos convertidos. La misma tenía una organización comunitaria muy similar a la de los esenos (*Actas*, 1/23-26; 2/42-47; 4/32 a

5/14), y bajo algunos aspectos mucho más rígida (5/1-11). Ésta es la prueba de que Jesús y los suyos seguramente practicaron, antes de la crucifixión, un sistema del mismo tipo, pero también, tal vez, que sobre los primeros cristianos se ejercieron influencias esénicas.

No será ciertamente el caso de afirmar muy al pasar el esenismo de Jesús o de la primitiva Iglesia cristiana. Jesús, como lo hemos visto, tuvo una incontestable originalidad, y se acercaba a las posiciones de los celotas, sin ser uno de ellos. En cuanto a la Iglesia de Jerusalén, por lo que parece, perdió su organización comunitaria pasando del sistema de la dirección por parte de los Doce, y especialmente de Pedro, a un régimen más o menos dinástico, en el que Jacobo, hermano del Señor, detentaba la autoridad suprema; al mismo tiempo, esta Iglesia parece haber asumido una posición marcada por el legalismo, y haberse acercado a los fariseos y a los celotas. De allí la ejecución de Jacobo por parte del Sumo Sacerdote en el 62 y la ruina de esta iglesia en la época de la toma de Jerusalén en el 70. Si podemos remontar a Jesús las tendencias tanto celotas como esénicas de la Iglesia de Jerusalén no existe razón alguna para no hacer lo mismo en cuanto a los grandes temas defendidos por los helenistas, que nos son conocidos por las *Actas*, del cap. 6 al cap. 8, y por el Evangelio según Marcos, cuya primera edición (hacia el 50) se debe a aquéllos. A pesar de ser de lengua griega, y que su acción misionera hubiera llevado a algunos de ellos hacia Fenicia, Siria y Chipre (*Actas*, 11/19), estas personas continuaban siendo judías, y treinta años después de la muerte de Jesús conservaban en Palestina una sólida base (*Actas*, 21/8-16; cfr. 8/4-40). La pasión de ellos por la predicación itinerante y por el recurso a las curaciones milagrosas, la concepción que poseían del Reino de Dios ya presente y abierto a todos los judíos, como también a algunos paganos (*Actas*, 11/19-21), la hostilidad para con las autoridades religiosas del judaísmo (*Actas*, 7/51-53), son características que los acercan a Jesús. Es necesario entonces contarlos entre los herederos directos del Nazareno. Si recordamos que también Pablo a su vez heredó algunos elementos del pensamiento de Jesús, nos veremos inducidos a concluir que este último desarrolló tal vez, mientras vivía, una enseñanza y una actividad ambiguas, pero sobre todo que en pocos meses esta personalidad excepcional entusiasmó de tal manera a las multitudes, y sembró sus ideas entre ellas, que luego de su muerte prematura fueron numerosos los que adquirieron la certeza de su resurrección y trataron de continuar su acción, en direcciones muy diversas. La derrota judía del 66-70 empequeñeció la obra de sus continuadores que habían permanecido en Palestina, y nos quitó de esa forma la pos



1



2

3

1. Ruinas romanas en los alrededores de la iglesia de Santa Ana en Jerusalén (Mairani).

2. El camino con escalones que descendía del Cenáculo al valle del Cedrón y a Siloé (Mairani).

3. La sala del Cenáculo en Jerusalén (Mairani).

4. El jardín de Getsemaní (Mairani).



bilidad de conocer la herencia más directa del ministerio de Jesús, que a causa de aquel suceso se tornó más difícil de reconstruir e interpretar. Sin embargo, sabemos lo suficiente como para entender que el profeta de Nazaret fue, en la pobreza, humildad y derrota que libremente eligiera, el más rico, el más grande y el más poderoso sembrador de vida y de libertad de la historia universal.

Bibliografía

Dadas las especiales características del personaje de esta biografía se respeta la bibliografía proporcionada por el autor, sin agregados que podrían desvirtuar la línea seguida por el mismo.

La mejor presentación del conjunto de las fuentes para una biografía de Jesús sigue siendo la de M. Goguel, *Jesús*, II edición, París, 1950, pp. 55-131.
Para las fuentes que no sean los Evangelios canónicos se puede consultar también a R. Dunkerley, *Beyond the Gospels*, Harmondsworth (Middlesex), 1957.
Para los Evangelios canónicos: X. Leon-Dufour, *Les Evangiles et l'histoire de Jésus*, París, 1963.
Para estos últimos, a falta de una verdadera edición científica, casi imposible a causa de la cantidad innumerable de textos, se utilizará el excelente *Novum Testamentum graece* de E. Nestle (XXV edición, Stuttgart, 1963) y la *Synopsis quattuor Evangelorium . . . editit Kurt Aland*, Stuttgart, 1964, y junto al mismo una de las numerosas traducciones científicas recientes.
Para los problemas de cronología se consultará J. Finegan, *Handbook o Biblical Chronology*, Princeton, 1964, p. 215 ss.
El cuadro histórico de la vida de Jesús fue objeto de muchos estudios, entre los que se recuerdan: B. Reicke, *Neutestamentliche Zeitgeschichte*, Gotinga 1965; Ch. Guignebert, *Le monde juif vers le temps de Jésus*, París, 1935; M. Simon, *Les sectes juives au temps de Jésus*, París, 1960; J. Jeremias, *Jerusalem zur Zeit Jesu*, III ed., Gotinga, 1962.
Sobre la vida de Jesús, aparte de M. Goguel, *op. cit.*, y X. Leon-Dufour, *op. cit.*, J. Klausner, *Jesus of Nazareth*, Londres, 1925 (punto de vista de un estudioso hebreo); C. Guignebert, *Jésus*, París, 1933 (punto de vista de un no cristiano); V. Taylor, *The Life and Ministry of Jesus*, Londres, 1954 (punto de vista de un protestante conservador); G. Bornkamm, *Jesus von Nazareth*, Stuttgart, 1956 (punto de vista de un discípulo de R. Bultmann); J. M. Robinson, *Kerygma und historischer Jesus*, Zurich, 19960 (lo mismo, pero especialmente dedicado a los problemas de método); *Der historischer Jesus und der kerygmatische Christus . . . hgg. von H. Ristow und K. Matthiae*, Berlín, 1960 (con las contribuciones de una cincuentena de estudiosos que representan las principales tendencias existentes).
Sobre la enseñanza de Jesús: T. W. Manson, *The teaching of Jesus*, Cambridge, 1931; J. Hering *Le Royaume de Dieu et sa venue*, Neuchâtel, 1959; W. D. Davies, *The Setting of the Sermon on the Mount*, Cambridge, 1964.
Sobre la Iglesia de Jerusalén y el cristianismo primitivo en Palestina se deben consultar M. Goguel, *La naissance du christianisme*, París, 1946, y *L'Eglise primitive*, París, 1947; M. Simon, *Les premiers chrétiens*, París, 1952, y *St. Stephen and the Hellenists in the Primitive Church*, Londres, 1958; O. Cullmann, *Saint Pierre, disciple, apotre, martyr*, Neuchâtel, 1952.

Hoy mismo haga el canje de sus fascículos sueltos de LOS HOMBRES de la historia por los tres primeros tomos encuadernados.

TOMO 1. **El mundo contemporáneo,** con las biografías de Churchill, Einstein, Lenin, Gandhi, Hitler, García Lorca, Stalin y Picasso.

TOMO 2. **El siglo XIX: Las revoluciones nacionales,** con las biografías de Lincoln, Darwin, Coubert, Dostoievski, Nietzsche y Wagner.

TOMO 3. **El siglo XIX: La revolución industrial,** con las biografías de Freud, Van Gogh, Tolstoi, León XIII, Bismark, Ford.

Como realizar el canje:

Usted debe entregar personalmente, y en las direcciones citadas, los siguientes fascículos de LOS HOMBRES de la historia:

Para el tomo 1: los fascículos números 2, 5, 6, 9, 11, 14, 18 y 23, en perfecto estado, y la suma de $ 600.-

Para el tomo 2: los fascículos números 8, 13, 15, 20, 22 y 27, en perfecto estado, y la suma de $ 600.-

Para el tomo 3: los fascículos números 1, 10, 21, 24, 31 y 36, en perfecto estado, y la suma de $ 600.-

¡En el mismo momento en que usted entregue los fascículos recibirá los magníficos tomos!

Atención: *los tomos están lujosamente encuadernados en tela plástica, con títulos sobreimpresos en oro y sobrecubierta a todo color. Llevan una cronología y un índice general.*

Si le falta algún fascículo, diríjase a su canillita; el tiene todos los números.

Todos los martes compre LOS HOMBRES de la historia y conserve los fascículos en perfecto estado.

Así podrá seguir canjeándolos y formar con los tomos encuadernados una valiosa Biblioteca de la Historia Universal a través de sus protagonistas.

Próximamente: *aparición del cuarto tomo.*

CANJE POR CORREO

Si usted desea efectuar el canje por CORREO, deberá enviar los fascículos a

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA S.A.
RINCON 87 - CAPITAL FEDERAL

Agregue la suma de $ 600 por el tomo y $ 100 para gastos de envío, en cheque o giro postal a la orden del Centro Editor de América Latina S. A.

IMPORTANTE

Como los fascículos deben llegar en perfecto estado, tome todas las precauciones. Envuélvalos en cartón muy grueso, o entre maderas o en una caja resistente de cartón o madera. No forme rollos.

Cuando usted tenga los tomos en sus manos, comprobará que ésta es una oferta excepcional que el CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA brinda a sus lectores. El precio en plaza de cada tomo sería de, por lo menos, cuatro veces más.

Para realizar el canje personalmente, diríjase a:

CAPITAL:
Librería AZCUENAGA - Azcuénaga 830
Librería GONZALEZ - Nazca 2313
Librería JUAN CRISTOBAL - Galería Juramento - Cabildo y Juramento - Loc. 1 Subsuelo
Librería LETRA VIVA - Coronel Díaz 1837
Librería LEXICO - J. M. Moreno 53
LIBROS DIAZ - Mariano Acosta 11 y Rivadavia 11440 - Locales 46 y 47
Librería PELUFFO - Corrientes 4279
Librería SANTA FE - Santa Fe 2386 y Santa Fe 2928
Librería SEVILLA - Córdoba 5817
Librería TONINI - Rivadavia 7302 y Rivadavia 4634
VENDIAR - Hall Constitución

GRAN BUENOS AIRES:

Avellaneda
Librería EL PORVENIR - Av. Mitre 970

Hurlingham
MUNDO PLAST - Av. Vergara 3167

San Martín
Librería DANTE ALIGHIERI - San Martín 64 - Galería Plaza

INTERIOR:

BUENOS AIRES

Bahía Blanca
Librería LA FACULTAD - Moreno 95
Librería TOKI EDER - Brown 153
LA CASA DE LAS REVISTAS - Alsina 184

La Plata
Librería TARCO - Diagonal 77 Nº 468

Mar del Plata
Librería ERASMO - San Martín 3330
REVISLANDIA - Av. Luro 2364

Pergamino
PERGAMINO EDICIONES - Merced 664

CATAMARCA
MAURICIO DARGOLTZ - Rivadavia 626

CORDOBA

Coronel Moldes
CASA GARCIA - Belgrano 160

CORRIENTES
LIBRERIA DEL UNIVERSITARIO - 25 de Mayo, esquina Rioja

CHACO

Resistencia
CASA GARCIA - Carlos Pellegrini 41

ENTRE RIOS

Concepción del Uruguay
A. MARTINEZ PIÑON - 9 de Julio 785

Paraná
EL TEMPLO DEL LIBRO - Uruguay 208

MENDOZA
CENTRO INTERNACIONAL DEL LIBRO - Galería Tonsa - Local A-26

MISIONES

Posadas
Librería PELLEGRINI - Colón 280 - Locales 12 y 13

RIO NEGRO

Gral. Roca
QUIMHUE LIBROS - Tucumán 1216

SALTA
Librería SALTA - Buenos Aires 29

SAN JUAN
Librería SAN JOSE - Rivadavia 183 - Oeste

SANTA FE

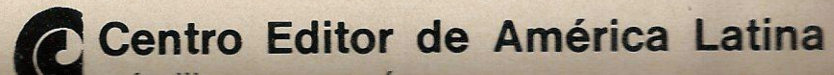
Rafaela
Librería EL SABER - Sarmiento 138

Rosario
Librería AMERICA LATINA - Galería Melipal - Loc. 10 - Córdoba 1371
Librería ARIES - Entre Ríos 687
Librería LA MEDICA - Córdoba 2901

Santa Fe
Librería COLMEGNA - San Martín 2546
LIBRETEX S.R.L. - San Martín 2151

SANTIAGO DEL ESTERO
Librería DIMENSION - Galería Tabycast - Loc. 19

TUCUMAN
NEW LIBROS - Maipú 150 - Local 13



LOS HOMBRES de la historia

Ya hay 3 tomos encuadernados para usted



Obténgalos hoy mismo canjeándolos por fascículos sueltos y aumente el valor de esta magnífica coleción

Ver detalle del canje al dorso

Precio de venta	ARGENTINA: $ 1,50 M$N 150,—	CHILE:	GUATEMALA:	PARAGUAY:
	BOLIVIA:	REP. DOMINICANA:	HONDURAS:	PERU: S/. 18
Publicación semanal	COLOMBIA: $ 7.-	ECUADOR:	MEXICO: $ 5.-	PUERTO RICO:
	COSTA RICA:	EL SALVADOR:	NICARAGUA:	URUGUAY: $ 90